

**RICARDO ALLUÉ**

---

# Junto al camino

(CRÓNICAS)



VALLADOLID  
**IMPRENTA CASTELLANA**  
RECOLETOS, 12, BAJOS

---

1904



長久保 (1)

D6CL  
A

**RICARDO ALLUÉ**

# JUNTO AL CAMINO

(CRÓNICAS)

JUNTO AL CAMINO.—VIOLETAS PERDIDAS.  
 MI CALENDARIO Y YO.—LA ZANJA.—LA REDOMA ENCANTADA.  
 LA CANCIÓN DEL RÍO.—LEYENDA QUE VUELVE.  
 CARNAVALINAS.—LA FUENTE DE MI PLAZUELA.  
 CONTRADICCIONES.—LA VIDA SE ACORTA.—«SURMENAGE».  
 VIENDO ENTRAR LA VIRGEN.—JIPI-JAPAS.  
 ¡DE LOS TOROS.....!—RECORDATORIOS.—EL GRAN «CHULO».  
 AL MEDIODÍA...—LLUVIA DE OTOÑO.—LA PLENITUD.



VALLADOLID  
**IMPRENTA CASTELLANA**  
 RECOLETOS, 12, BAJOS

1904



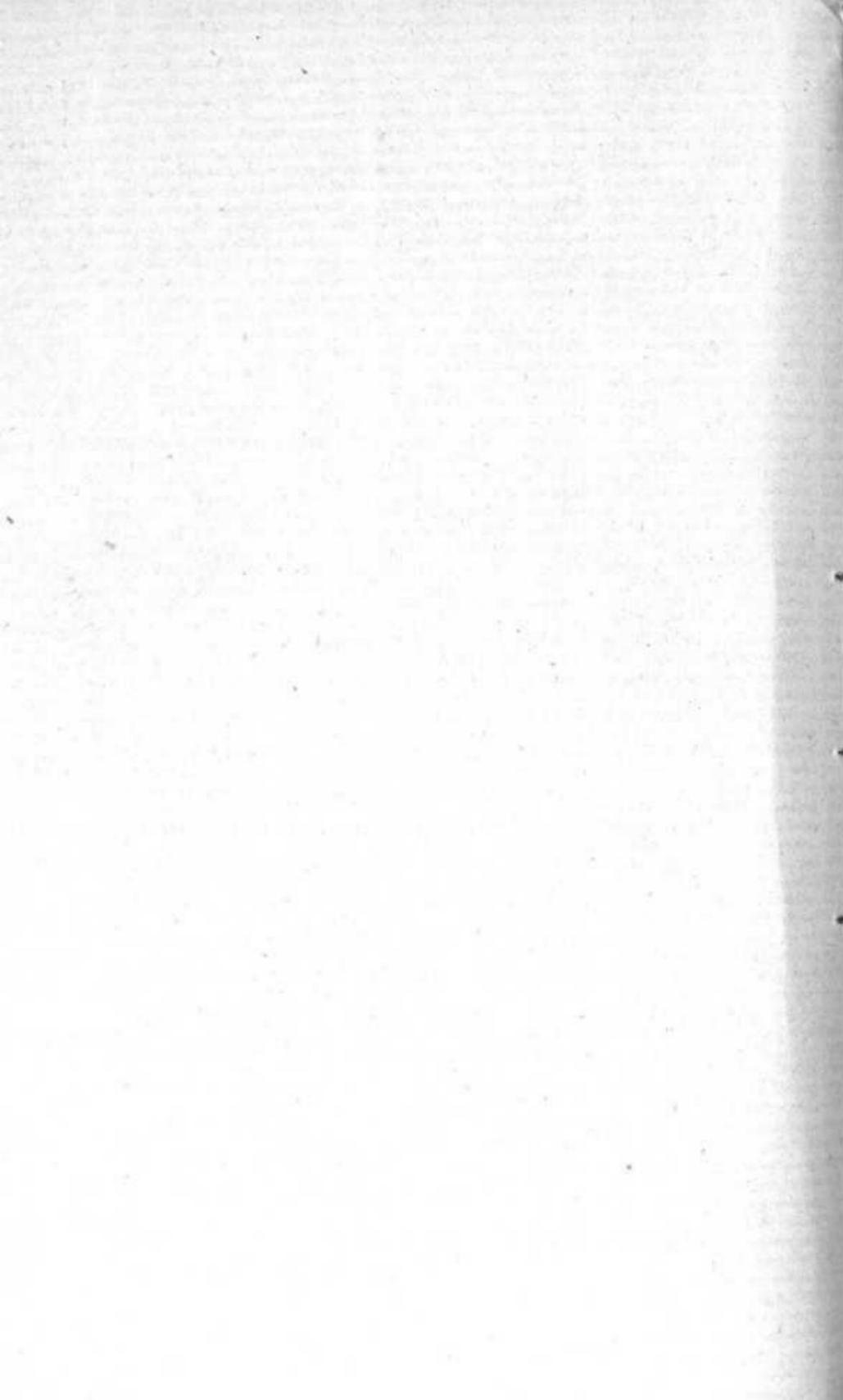
R. 47485

+ 57252  
C. 1072245



Junto al camino

---





**S**E interrumpe allí la sucesión interminable de pinares; unos cuantos pinos, que se alzan solitarios acá y allá, diseminados por la extensa planicie, recuerdan que ayer era pinar lo que el trabajo ha convertido hoy en granja fecunda.

Por Oriente y Poniente, las masas verdinegras de los pinares limitan la planicie; córtala por el Sur el río Duero, cuyas aguas corren bulliciosas, lamiendo mansas las orillas erizadas de chopos, coronándose de espuma al saltar impetuosas sobre las presas, estrechándose violentas entre los pétreos estribos del puente de hierro; y por el Norte forma el lindero la vía férrea, cuyos trenes, pasando rápidos, interrumpen con su estrépito el silencio rumoroso de la llanura.

La blanquecina cinta de la carretera polvorienta corta oblicuamente la extensión

monótonamente gris de las tierras labran-  
tías, que el grupo de edificaciones blancas y  
rojas de la granja, parece presidir.

La red laberíntica de acequias y elmorro-  
nes divide en anchos recuadros la planicie,  
sirviendo de marco los taludes cubiertos de  
yerba, á las parcelas en que el trigo verdea  
ya, ó alfombra la alfalfa, ó germina la avena,  
ó cuyos surcos recién trazados esperan con  
ansia la semilla fecunda.

Junto á la carretera están labrando. Dos  
parejas de bueyes colosales, de recio esque-  
leto y vigorosos músculos, arrastran lenta-  
mente el fuerte arado; un arado *Brabante*,  
con gallardo *avant-tren* de dobles ruedas;  
dos de sus rejas descansan levantadas; las  
otras dos se hunden en el suelo, rompiendo  
la dura corteza, desmenuzando los terrones,  
volteando la tierra, que se deposita mullida  
y pulverizada en largos surcos de enarcado  
lomo; y el gañán, de rostro enjuto renegrado  
por el aire y el sol, membrudo y ágil, vestido  
toscamente, guía las yuntas sereno y pausa-  
do, atento á la labor, cantando á veces.

Un grupo de hombres contempla la faena.  
Son labradores del pueblo vecino, que al  
pasar se detuvieron para ver el arado.

En medio de ellos, sentado sobre el muro  
de un sifón, que lleva el agua de un lado á  
otro de la carretera, un joven habla.—Es

casi un chico, colorado y rubio, alto y gallardo, de nerviosa contextura, vestido señorialmente de campesino, cubierto por flexible sombrero de amplias alas.

—¿Os vais convenciendo? ¿Veis cómo se voltea la tierra, cómo se mulle, cómo se desmenuza?—les dice.

—¡Pero es *mu* caro eso!—replica uno.

—¿Caro? Recuerda que en Agosto te causaban admiración mis trigales. Donde sembré una fanega recogí veinte. Tú *saliste* á ocho, y gracias ¡que fué buen año! ¡Vamos, ¿es más barato tu arado ó el mío?

Todos callan. Los bueyes pasan junto á ellos; arrastran resoplando la férrea máquina; las rejas levantadas brillan al sol, las otras dos se hunden en el suelo; la tierra desmenuzada se amontona en los surcos; el gañán canta...

—¡Y eso es *descansao!*—observa otro del grupo.—No hay que *suar* y *estrozarse* apretando con las dos manos la esteva y con el pie la cerrojera. ¡*Paece* mentira!

—¡*Pus* es bien claro! Nuestros *araos* van á pie y éstos en carro. ¿No ves las ruedas?—replica un viejo, el humorista de la aldea.

El joven vuelve á hablar.

—Todos trabajan menos. El mozo con guiar las yuntas cumple; los bueyes tiran á gusto, porque no les molesta la rigidez del

timón: todo su esfuerzo se aplica á las rejas; éstas se hunden bajo el propio peso del arado.

Y se van convenciendo los campesinos. —¡Si ellos pudieran! Ahorrarán, sí; comprarán arados de esos; la tierra da para todo; la mejor cosecha paga la máquina. El señorito tiene razón.

La tarde declina.

Por la carretera se acerca una yunta, regida por un labriego tosco y ceñudo, montado á mujeriegas sobre una de las mulas; el arado, colgado al yugo por la reja, arrastra su timón, que en la caliza carretera deja marcado un surco.

—¡Buenas tardes!—murmuran los del grupo.

—¡Santas y buenas!—contesta el labriego.

Y sigue adelante, sin detenerse á contemplar el exótico arado que á los demás admira, sin volver la cabeza, orgulloso, rígido, ceñudo, impasible.—¡A él qué le importan las máquinas que traen los señoritos! Labra como sus padres, como sus abuelos. Y así labrarán sus hijos.

.....  
¡Fácil símbolo, que se me ofrece cuando busco, paseando por el campo, aire puro para los pulmones, descanso para el pensamiento!

---

Como el joven labrador, alto y gallardo, colorado y rubio, casi un chico, deberían salir junto al camino todos los que saben, todos los que pueden enseñar; deberían todos mostrar su arado.

No importaría que la rutinaria tradición pasase orgullosa, altiva y rígida, ceñuda é impasible, sin oír la palabra ni mirar los ejemplos... Siempre habría quienes se detuviesen para oír y para ver; para ver el arado de doble reja, que fecunda la tierra poderoso; para oír la palabra que siembra ideas... Y los discípulos se convertirían en apóstoles, y de parcela en parcela, de cerebro en cerebro, se extendería con avance seguro el reinado de las máquinas poderosas y de las ideas fecundas.

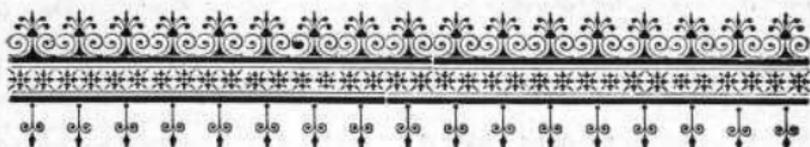
---



Violetas perdidas

---





ESTA mañana, un desconocido mandadero ha dejado en mi casa un ramo de violetas.

Ni preguntó quién vivía en la casa, ni dijo quién le enviaba. Puso el ramo en manos de la maritornes que le abrió la puerta, y se marchó.

Para mí no es.

Me gustan con pasión las violetas, pero estoy seguro de que nadie me las regala. ¡Indudablemente hubo una equivocación!

El mandadero cumplió su encargo con cierto misterio, que me hace pensar en un amante tímido que envía violetas á su adorada, á escondite de un padre ceñudo ó una madre severa que no toleran los amores de «su chica».

No cabe duda.—El ramo de violetas es un

presente amoroso que equivocó el camino, y en vez de ir las florecillas moradas y blancas á entrelazarse en los cabellos rubios de una doncellita enamorada, ó á mecerse, prendidas en el corpiño, al compás de las palpitaciones de su pecho casto, han venido á marchitarse en panzuda anforilla moruna, allí, sobre mi mesa de trabajo, mezclando su perfume fresco y suave con el olor grosero del humo del tabaco.

La novia esperará á estas horas, inútilmente, el prometido ramo; tal vez esté enfadada, muy furiosita, con el ceño fruncido y la boquita plegada en infantil mohín de enfado, contra el olvidadizo que, bien ajeno al extravío de su ramo, estará muy contento, pensando en la alegría de su amada al recibir las fragantes violetas; pensando en que, al olerlas, un beso que él escondió calladamente entre los pétalos de la más linda, saltará desde su cárcel blanca á los labios ardientes de la hermosa; pensando en que, á la noche, desde el balcón de sus charlas idílicas, ella le arrojará amorosa unas cuantas violetas de las que se marchitaron entre los rizos dorados ó sobre el pecho palpitante y tibio...

Y los dos se equivocan.

Las violetas frescas, aromadas mensajeras de sus amores, han venido á parar al

austero gabinete de trabajo de quien sólo tiene, para alimento de sus ideales, el poso amargo que existe siempre en el fondo de la copa de la poesía, y para acicate del espíritu el áspero placer de una lucha sin objeto; de quien siente dentro de su alma la sequedad aquella de que, á las veces, dolorosamente se quejan los santos—ausencia de amorosos estímulos que levanten el ánimo hacia el infinito, siempre anhelado y no alcanzado jamás.

Las fragantes portadoras de besos y suspiros que palpitan invisibles en sus hojas húmedas, han traído á mi pobre casa solitaria, una ráfaga de aromas campesinos como caricia inconsciente de la primavera, y han despertado en mi alma añejas memoranzas de días luminosos, recuerdos mal dormidos de juveniles años, ilusiones que marchitó la realidad brutal pisoteándolas... —¡Me hicieron mal servicio las violetas!

En mi vecindad no hay muchachas con novio. Además, preguntar sería indiscreción.

Por eso, aquí, *en secreto*, hablo del extravío de ese ramo mensajero de amor.

Quizá me lean la novia rubia y blanca, el novio apasionado y tímido, y puedan esta noche, cuando por el balcón charlen alegres, convencerse gozosos de que ni él pecó

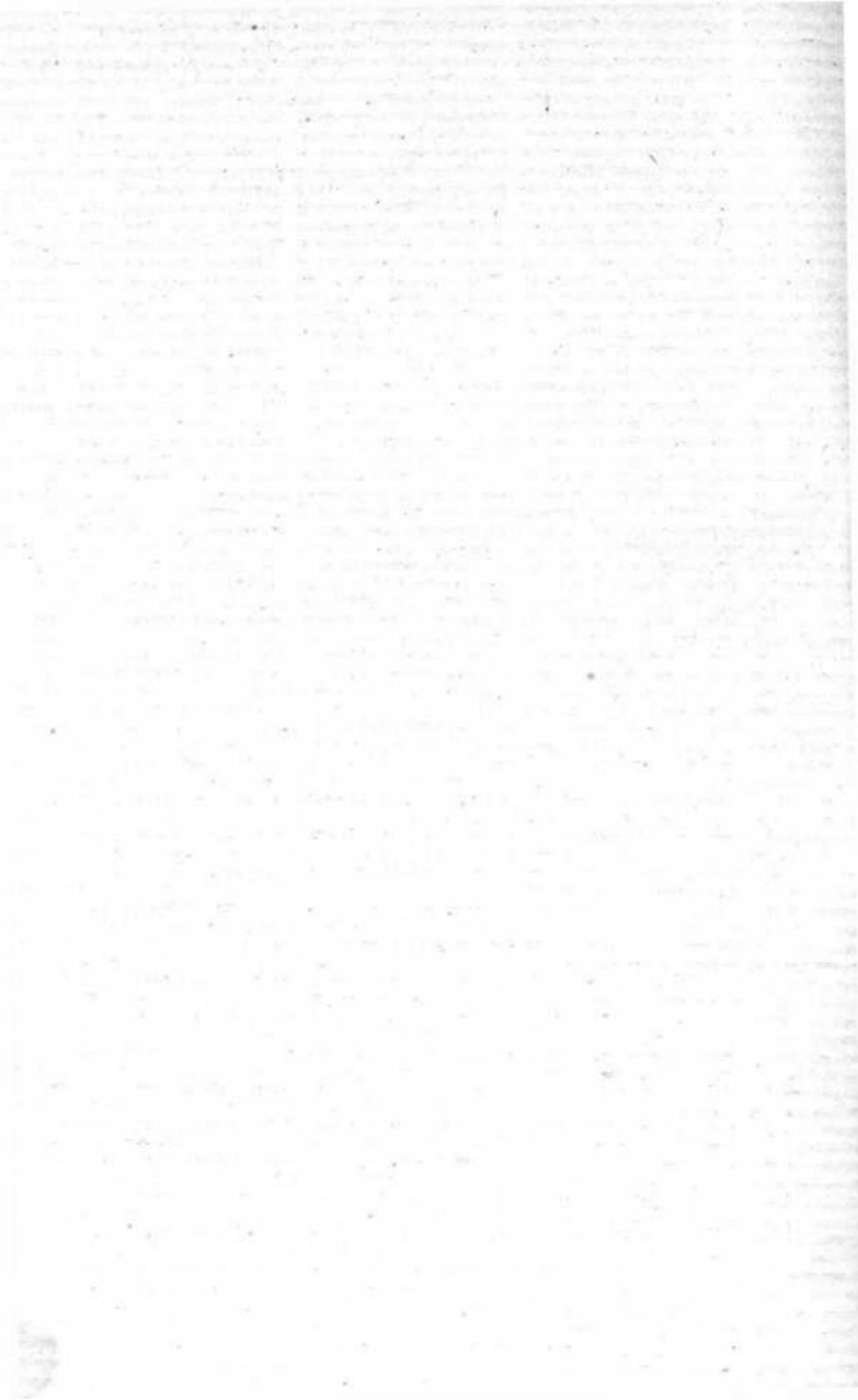
de olvidadizo, ni ella tuvo razón para arrugar su lindo ceño y plegar en mohín graciosísimo de enfado su boquita fresca. Harán las paces, y tras los *monos*, que pusieron en los labios reproches y quejas, renacerá el idilio, con un «te amo» que suba de la calle al balcón y otro que baje del balcón á la calle, besándose en el aire castamente con amor infinito...

Y mientras ellos deshojan placenteros la fresca corola de su primer amor, yo iré volviendo mis ilusiones marchitas, mis recuerdos mal dormidos, mis añejas remembranzas, al rincón oscuro del espíritu en que reposa el sedimento amargo que dejan siempre, siempre, la juventud pasada, los amores perdidos, las esperanzas muertas...

---

**Mi calendario y yo**

---





ESTA mañana sustituí el calendario agotado del año viejo por el del año nuevo. Le he colgado en la pared frontera á mi mesa de trabajo: y contemplándole siento viva emoción.

Será mudo testigo de mi vida durante todo un año, y las hojas superpuestas de su *taco* señalarán mis alegrías y mis dolores, mis amarguras y mis bienandanzas.

Hoy son todavía esas hojas un misterio, el misterio insondable del futuro.

*Cuentos—Charadas—Chascarrillos*, reza en letras gordas la envoltura del *taco*, como si nos quisiera adelantar un poco del mañana.—La vida se compone de todo eso: cuentos plácidos y cuentos dolorosos; chascarrillos alegres que hacen reír y chascarrillos irónicos, con amarga, cruel ironía, que hacen llorar...; y á ratos, sin risa y sin llanto,

sin cuentos que alegren ni cuentos que due-  
lan, la vida es oscura, es enigmática, como  
una charada cuya solución está del otro  
lado, más allá de la muerte.

Hacia esa misteriosa región parece mi-  
rar con sus ojos estáticos la mujer adorable  
pintada sobre el cartón del calendario.—Es  
una mujer rubia, deliciosamente rubia; los  
ojos grandes, muy grandes, rasgados y ne-  
gros, iluminan con llamaradas de pasión  
poderosa y resplandores de anhelo infinito,  
el rostro rosado de dulces líneas, acariciado  
por las masas doradas de cabellos rubios en  
que la luz juguetea amorosa, arrancándoles  
metálicos reflejos.

Parece que su mirada inmóvil penetra en  
el misterio del futuro: y yo, inconscientemen-  
te, la sigo con el pensamiento hacia aque-  
llas regiones ignoradas, é imagino que veo,  
amontonados como las hojas mudas del ca-  
lendaro, muchos días larguísimos de dolor  
sin consuelo, pocos días brevísimos de dul-  
zura; muchas esperanzas rotas, muchas  
ilusiones muertas; afanes inútiles, anhelos  
estériles, empresas malogradas; á trechos,  
salpicando de luz el montón negro de las  
amarguras, tal cual fugáz alegría; y lejos,  
muy lejos, envuelta en bruma que la hace  
ilegible, la fecha donde acaba el tiempo y la  
eternidad empieza; la fecha suprema que tal

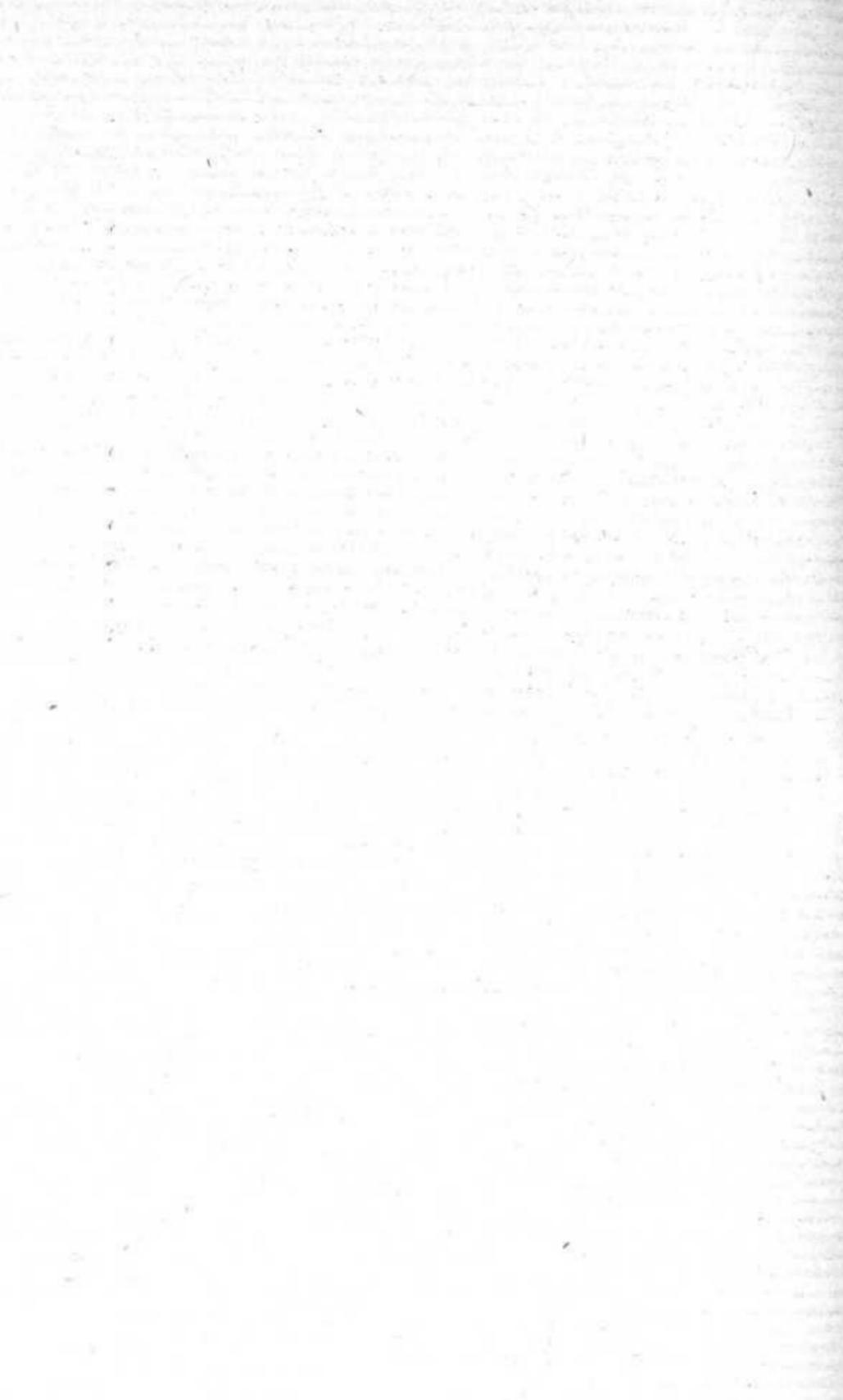
---

vez esté entre las hojas de mi nuevo calendario...

¡Mi calendario! ¡Mudo testigo, que me cuenta la vida, día por día! ¡Impasible espectador de mis alegrías y de mis pesares! ¡Misterioso montón de fechas que hoy no son nada, y serán mañana efemérides dolorosas ó alegres, cómicas ó trágicas!

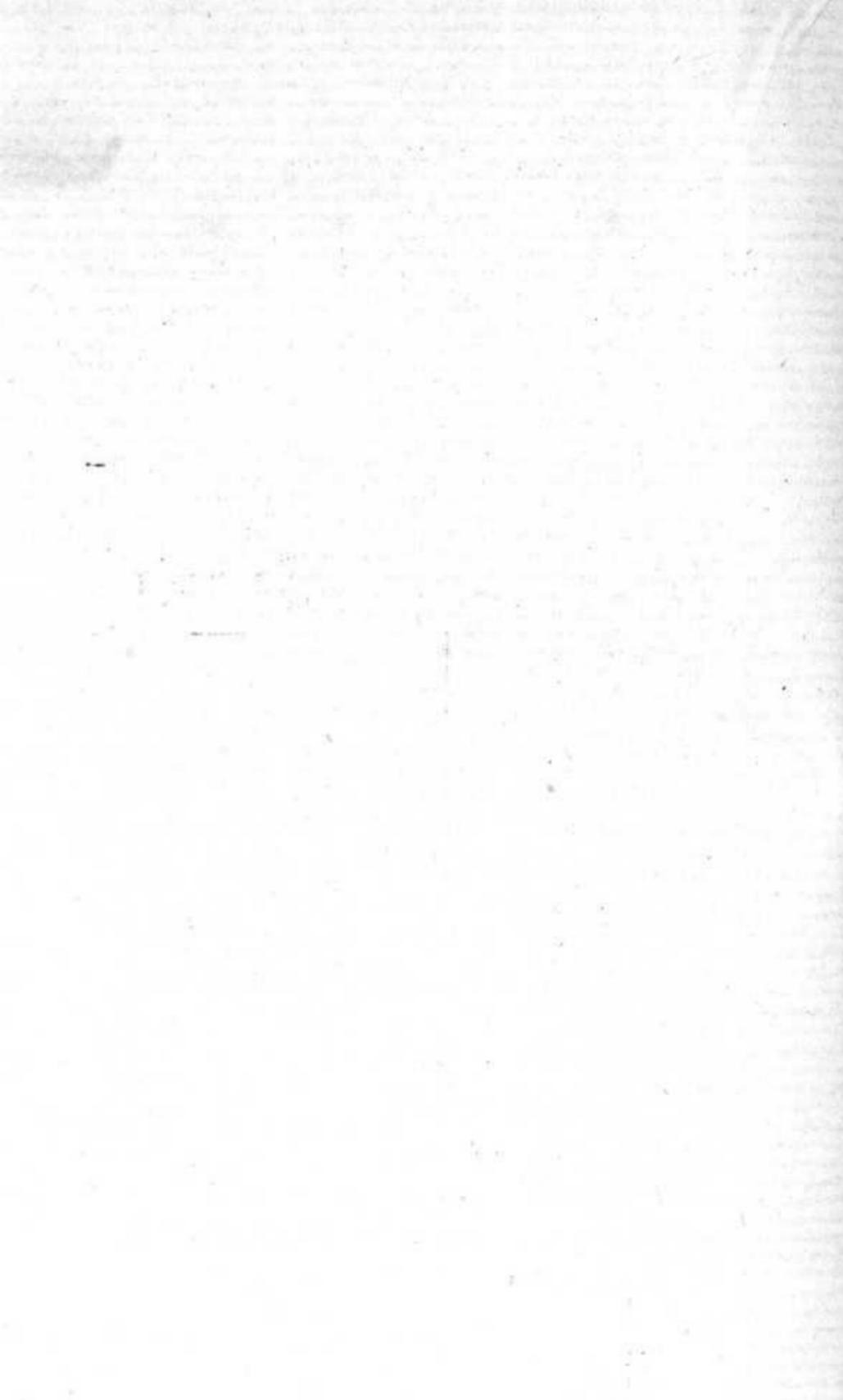
Entre él y yo comiézase á librar duelo terrible.—Si mi mano llega á poder arrancar su última hoja, irá vencido mi calendario al cesto de los papeles rotos, tumba mezquina de lo que es ya inútil. Si no puedo arrancarla, seré yo quien caiga derrotado. ¡Es duelo á muerte!

---



La zanja

---





Los obreros trabajaban á la luz de las antorchas. Colocados en larga fila, sudorosos, jadeantes, encorvaban acompasadamente el cuerpo, hiriendo con el férreo pico el suelo de la calle, sacando con la pala la tierra removida y arrojándola á un lado de la zanja, en prolongado montón.

La calle estaba oscura; cerrados sus lujosos comercios, faltábale la alegría que la prestan los torrentes de luz desbordándose por los inmensos cristales de los escaparates. De trecho en trecho, mezquinos faroles de gas lanzaban débiles luces amarillentas, que al reflejarse sobre las fachadas, luchaban con los movibles resplandores rojizos de las teas, clavadas en el montón de tierra junto á la zanja y cuyas llamas humeantes agitaba la brisa ligera de la noche estival.

La zanja se hacía cada instante más profunda, á los golpes del pico y de la pala; el montón de tierra que se extendía á un lado, cada vez más alto, y las figuras rudas de los obreros se hundían más y más en el suelo de la calle; sólo se veían sus torsos encorvados, sus cabezas inclinadas, sus brazos oscilantes y en las manos el pico subiendo y bajando acompasadamente, la pala echando al montón la tierra removida.

Próxima la media noche, la calle recobró de pronto su animación diurna: regresaba la gente del paseo.

Y al cruzar la calle, encontrábanse las damas lujosas y los apuestos caballeros, con la zanja profunda y el alto montón, como barricada opuesta por el trabajo al ocio; barricada pacífica, porque sus *defensores* ayudaban á sus *asaltantes* para traspasarla.

Muchas botas de lona blanquísima ó de charol brillante, se manchaban en la tierra húmeda; muchos trajes de seda y encaje ó de inglesa lanilla, se chamuscaron algo por las movibles llamaradas de las antorchas; en muchos cuerpos ociosos, mezclaron las teas, al aroma de las finas esencias, el hedor acre de su humo negro.

Los obreros, esclavos del pico y de la pala, suspendieron momentáneamente su

labor, para dar paso al gentío regocijado y bullicioso.

De pie, en el fondo de la zanja, apoyados sobre el mango de la herramienta, mientras pasaban mujeres ostentosas y hombres elegantes, oían el crujir de las sedas y el *frou-frou* incitante de las ropas femeninas; aspiraban los aromas exóticos, suaves, penetrantes, y todo cruzaba ante ellos, como visión de la dicha, al rojo resplandor oscilante de las antorchas.

Un viejo obrero, de rostro enjuto, cabeza canosa y encorvado torso, estaba junto á la esquina; frente á él, saltó la zanja almibarado *pollo* y, de pie sobre la tierra amontonada, trató de ayudar al paso peligroso á elegante jovencita; saltó ésta, mas enredáronse á sus piernas las crujientes faldas, el brazo de su pareja no tuvo fuerza bastante para sostenerla y la hermosa, dando ligero grito, cayó á la zanja.

Ayudóla á subir el obrero, que acudió presuroso, y después que la jovencita y su acompañante dieron gracias al viejo por la ayuda prestada, quedóse éste apoyado otra vez en el pico, mirando sin ver el fondo oscuro de la calle, el gentío que inundaba las aceras, los resplandores rojos que alumbraban fantásticamente las fachadas próximas; pensativo...

Pensando, tal vez, en los dichosos que vuelven del paseo regocijados, en los tristes que aun de noche viven atados al trabajo rudo; tal vez, en estancias lujosas con blandos lechos, en su hogar miserable en que descansan sobre un jergón, amontonados, la esposa y los hijos; tal vez, en futuras reivindicaciones del trabajo, que á vigoroso golpe de pico abre la zanja en que al cabo tropiece y caiga la riqueza ociosa...

---

La redoma encantada

---





**S**E es feliz mientras no se conoce la vida. Por eso son dichosos los niños; por eso la chiquillería goza en las comedias de magia.

¡Las comedias de magia!—Un mundo aparte, una humanidad distinta, compuesta de duquesas y ninfas, de marqueses y genios, de escuderos y brujas, de trasgos y endriagos; en que el amor es puro, generoso, extrahumano; en que la vida se rige por talismanes y protecciones de mitológicas deidades; en que si el alma tiene anhelos y pesares, el cuerpo carece de necesidades viles, como no sean precisas para que *Blasillo*

se duerma en *cama-cómoda* maravillosa ó *Garabito* consuma huevos y pasteles, de los que salen pájaros que vuelan gozosos hasta las bambalinas ó liebres que corran asustadas tropezando locas en las bombillas multicolores de la batería.

¡Qué palacio de sueños, para los niños!  
¡Qué archivo de recuerdos, para los viejos!

Ni viejo todavía, ni niño ya, fui ayer tarde al teatro para ver *La redoma encantada*, con ansia de olvidar durante dos horas la prosáica lucha por el pan cotidiano, con afanes de evocar los sueños muertos de la niñez lejana; tal vez con anhelo inconsciente de adelantar el resurrexit de los recuerdos que brotan bajo la frente rugosa de los viejos, inclinados ya hacia el regazo amoroso de la tierra.

Cuando entré en el teatro, *Garabito*, el enamorado vidriero, gesticulaba ante los mármoles pulidos, viendo en ellos reflejada la ridícula figura de *Lain Cornejo* que, merced al mágico anillo de su amo, había adoptado para gozar los favores de la esquiwa *Pascuala*, que tan amargos trances le hizo pasar en su peregrinación por los tejados.

Los niños reían... Reían, asomando sus cabecitas, rubias y morenas, sobre los antepechos rojos de los palcos, adelantando las caritas rosadas hacia la escena, golpeando

con sus manitas rechonchas el almohadillado de los barandales... El aire vibraba con la explosión alegre de las risas infantiles. Las niñeras miraban con ojos asombrados; las señoras repartían su atención entre el escenario y los chiquillos; los viejos sonreían con sonrisa beatífica, impregnada de la serenidad de quien ha gozado todos los placeres, y ha apurado todos los dolores, y tiene su esperanza en la eternidad inalterable que se le acerca...

Yo me aburrí.

Lo digo con pena: salí aburrido del teatro, entre una multitud de viejos plácidos, de madres satisfechas, de criadas inconscientes, de niños risueños que discutían con alborotado charloteo las aventuras de la bella *Dorotea*, del *verdadero Conde*, de *Lain Cornejo* el asendereado por diablos y genios, de *Garabito* el chistoso lacayo... Salí aburrido: la humanidad aquella de la magia, me hizo sentir más pesada la vida prosáica de la humanidad real; el goce plácido de los viejos, enseñóme cuántos años me faltan de lucha; la risa candorosa, alborozada, de los niños, me mostró lo inmenso del abismo que me separa de la inocencia; el mismo imbécil asombro de las rústicas criadas, me convenció de que la cultura sabe mejor avivar los dolores, haciéndoles más exquisitos, que

---

endulzar las penas, haciéndolas más llevaderas...

Y salí á la calle, bajo la niebla gris, convencido de que una vez rota, es empresa vana querer rehacer la *redoma encantada* de los sueños infantiles.

---

La canción del río





**L**AS aguas verdosas se deslizan mansas entre los firmes estribos, bajo los arcos esbeltos del puente, y al ondular en torno de las recias pilastras, murmuran suaves. Más abajo, una presa se opone á su marcha: las aguas se detienen, como si vacilasen ante el obstáculo; se remansan para tomar alientos; se lanzan, por fin, saltando enfurecidas la sólida barrera de granito, levantando, al caer del otro lado la potente oleada, penachos gigantes de espumas blancas; y siguen su carrera, rugiendo atronadoras. Recobran luego su serenidad vencedora, y corren tranquilas, lentas, por el ancho cauce, reflejando la luz del sol que brilla en lo alto, lamiendo la tierra cascajosa de las orillas,

alegando los llanos silenciosos con su dulce murmurio.

Desde el pretil del puente contemplo el paisaje: corta el cauce del río la llanura inacabable, levemente ondulada, cuya extensión, verdosa á trechos y á trechos parada, se confunde en la lejanía con el cielo encrespado de nubes blanquecinas que ocultan de tiempo en tiempo la lumbre del sol.

Junto á la presa, hay un molino: un molino abandonado, con las *muelas* cubiertas de polvo, la turbina rota, el tejado medio hundido, las viejas paredes orladas de muérdago y el alero coronado de jaramagos, la planta misericordiosa que corona de flores amarillas lo que muere olvidado.

En un recodo del río, entre alargados chopos y álamos verdiblancos, hay una huerta que las aguas fecundan amorosas. Rodeada de almendros en flor, se alza una casita de paredes blancas y rojizo tejado, con las ventanas pintadas de azul y la puerta ensombreada por retorcida parra.

A lo lejos, junto á un pinar, cuya línea oscura cierra por aquel lado el horizonte, las casas terrosas de un pueblecillo se agrupan en torno de una torre mudéjar, en cuya alta cornisa un nido de cigüeña espera su huésped veraniego.

Los sembrados verdean, alzándose en los surcos las tiernas cañas de los trigos nacientes. Los barbechos aún no labrados, se esmaltan de cardos y de grama; los que ya removi6 el arado, esponjan al sol el lomo pardo de sus rectos surcos.

A ratos cruzan el espacio bandadas de grajos chillones, que marchan veloces huyendo de la primavera.

Una primavera sin alegríá: con sol, pero sin agua. Mucha luz en el cielo, fuego en el aire. Pero no llueve... La tierra sedienta comienza á agrietarse; el arado deja tras sí una estela de polvo al abrir los barbechos; los sembrados nacen raquíticos; amarillean de anemia las puntas de las hojas en los trigales.

—¡Si lloviera...!—exclama á mi lado un labriego, que al cruzar el puente se ha detenido un momento para mirar al cielo que se cubre de nubarrones por el Poniente.

—¡Si lloviera...!—y en su voz trémula se adivina la angustia, y sus ojos se clavan ansiosos en las nubes que se amontonan y que tienen para el campesino, siendo pardas, el color de la esperanza.

—¡Si lloviera...! Ya ve *usté*—me dice—los trigos se mueren de sed; las cebadas no nacen. Si no llueve pronto, este año no habrá cosecha!

Vuelve á mirar al cielo con afán angustioso, como si quisiera amontonar con la mirada las nubes todas que flotan majestuosas en lo alto.

Y añade con amargo desconsuelo, moviendo la cabeza tristemente:

—¡No son nubes de agua!

Hablamos unos momentos.—Es espantoso un año sin cosecha: muchos meses de hambre; tal vez la ruina completa, porque la usura se llevará los ahorros primero, las tierras y la casa después.—Y al final de aquel relato rudamente trágico de la miseria que amenaza, el campesino me dice con acento en que vibra la fe en una última esperanza:

—¡Habrà que sacar la Virgen en rogativa!

Y se aleja camino del pueblo, volviendo de cuando en cuando la cabeza hacia el Poniente, donde, impulsadas por el viento, se amontonan las nubes.

Yo pienso con amargura, viéndole marchar, en este pobre pueblo amarrado por la ignorancia á la rutina, que cuando agosta sus campos la sequía, perdida la esperanza, tiene que acudir al cielo para pedirle lo que Dios generoso le otorgara desde el primer día de la creación: el agua fecundadora, que corre tranquila por el ancho cauce, que

---

salta enfurecida la presa de granito, que on-  
dula mansa en torno de los recios estribos  
del puente; el agua, cuyo murmullo suave  
en el remanso, cuyo rugido atronador en la  
*pesquera*, es canción poderosa de la fecun-  
didad, que llena con su vibrar alegre la lla-  
nura; el agua, que se pierde estérilmente  
cauce abajo, mientras en sus orillas los  
sembrados se mueren de sed, porque los  
hombres, pidiendo ayuda al cielo y no bus-  
cando el remedio en sus propias energías,  
hacen rogativas á la Virgen y no hacen un  
canal.

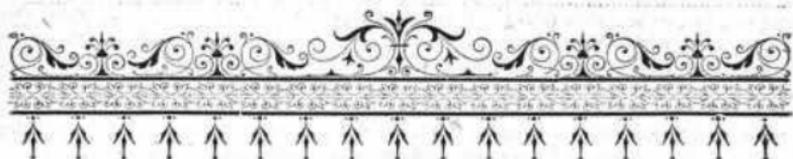
---



**L**eyenda que vuelve

---





**E**s el día de la jura de banderas. La vieja ciudad se baña en la luz esplendente del sol primaveral; en sus calles resuena el alegre murmullo del gentío que pasa alborozado; sobre las barandillas de los balcones ondean colgaduras de percai amarillas y rojas, pesadas colchas de arrasados dibujos y vivos colorines, arcáicos tapices deslucidos; y en los árboles gigantes del paseo, hace surgir la primavera sus galas fecundas de flores blanquísimas y hojillas verdes.

En la anchurosa plaza, que limitan por un lado casas enormes, soberbias, con sus fachadas ostentosas, y por otro las masas verdinegras del parque frondoso y las calles interminables de los rectos paseos, la multitud abigarrada se agrupa, se amontona, estrujándose, al pie de la estatua del poeta.

—El poeta Zorrilla, el cantor de las leyendas patrias, el sublime trovador de las glorias pasadas; el viejo vate de rizosas melenas, luenga perilla y encrespado bigote, en cuyos ojos brillaba la luz ofuscante de nuestro cielo, en cuya garganta vibraban las notas todas de la canturía armoniosa de nuestra tierra, en cuyos versos palpitaba la grandeza infinita de las inacabables llanuras castellanas...

Se agrupa el gentío en torno del monumento, encaramándose los chicos á las columnillas de la verja, y sobre el movable mar de cabezas, se destaca la estatua de Zorrilla, que mirando amorosa la ciudad castellana, canta en sus versos ardientes, cadenciosos, las viejas hazañas, las leyendas doradas de aquellos días en que, cuando no iba la Fortuna abrigada en los pliegues de nuestra bandera, iba la Gloria coronando de laurel nuestras derrotas... Y al pie del monumento la Poesía, la dulce Poesía, amante y trémula, escucha extasiada, al par que los vibrantes versos del poeta, el alegre rumor del gentío alborozado, el estrépito confuso de las armas y el agudo sonar de los clarines.

Pasan las tropas: los infantes erguidos, briosos, al compás animado de marcial pasodoble; los ginetes al trote, levantando una nube de polvo, que empaña el brillo de

los sables desnudos y el centelleo de los hierros de las lanzas; la artillería, con pesado estruendo de pataleo de bestias y trepidar de armones; el Estado Mayor deslumbrante de galones y entorchados, de bandas y penachos.

A la cabeza de cada grupo bélico, la bandera, la bandera de bandas rojas como la sangre joven, de bandas gualdas como la luz del sol... Y á su paso se descubren las cabezas, las manos agitan en alto los sombreros y las gargantas gritan: ¡Viva España!

A mi lado hay un viejo. Un viejo de espalda encorvada, de retorcido mostacho blanco, de rostro arrugado, de cuerpo enjuto; un viejo que se apoya en recia cayada y descubre, al quitarse el sombrero, venerable calva. Su voz cascada se une al entusiasta griterío; al pasar las tropas su rostro se enciende; cuando avanza, oscilando sobre el bosque de bayonetas, la bandera española, en los ojos brillantes del viejo, brotan dos lágrimas.

—¡Esto rejuvenece!—me dice, con voz que la emoción ahoga.—¡Así, así jurábamos al marchar á la guerra del moro!... Después pasaron los años, cambiaron los tiempos y caímos, caímos sin gloria; ya no valía la bravura; hacía falta dinero, organización, modernísimos medios de combate, ¿qué sé

yo? ¡Todo lo que no teníamos!... Y cayó con nosotros destrozada la leyenda heroica de nuestras hazañas!... Pero, ahora ¡ahora! ¡Qué gozo verlo! Ahora resurgen los ánimos, se levanta el espíritu: ¿Ve usted? Nuestras banderas parece que recobran nuevo brillo. ¡Empezamos de nuevo la leyenda!

Yo le miro, le oigo; me llegan muy adentro sus palabras entrecortadas, sus rotas frases de resurgente entusiasmo; y miro las tropas que pasan, y el gentío que grita, y las banderas que ondean. Entre el negro montón de los recuerdos del desastre, siento que surge luminosa la esperanza.

—¡Empezamos de nuevo la leyenda!— repite el viejo veterano.

Yo, mirando al poeta que arriba, sobre el mar de cabezas, parece cantar en versos armoniosos las hazañas pasadas, y á la Poesía, á la dulce amorosa que parece escucharle trémula, en éxtasis, digo á mi viejo compañero:

—¡La leyenda dorada! ¡Volvemos á empezarla! ¿Cómo la acabaremos?

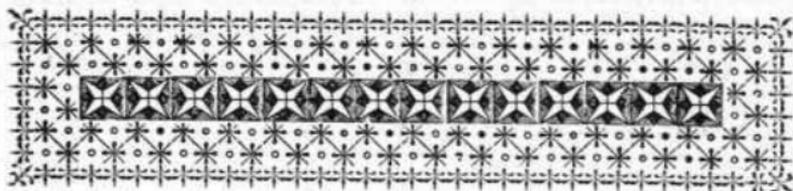
Y el veterano me lanza una mirada furiosa, frunce el ceño, gruñe no sé qué palabrotas, y se aparta de mí, sin despedirse, silencioso y huraño.

---

# Carnavalinas

---





## Domingo



o amanecía aún, y en el camino de mi casa tropecé ya con el primer máscara: un mozallón, vestido desarrapadamente de mujer, con una cesta al brazo y colgada al cuello la caja de un brase-ro, pregonando con voz de falsete: ¡la buñolera! Una borrachera prematura completaba el disfráz.

Por la tarde he visto otros muchos mascarones, máscaras y mascaritas.

Un tío, barbudo, de voz aguardentosa, vestido de *comadre*, haciendo media con toda seriedad.

El *oso* de esteras y el *húngaro* pringoso, dándose mutuamente palos y trompazos.

Los dos moros de rigor, ensabanados.

Un pollete, vestido de *bebé*, sin careta, «presumiendo de guapo».

Varias *atropellaplatos*, luciendo las pantorrillas y el pelo desgredado.

Un tendero vestido de *Mefistófeles*.

Y mi portero, de *destrozona*.

Por la noche, en el teatro, los dos máscaras tradicionales, *soltando*, con voz bronca, chistes *frustrados*, para amenizar la representación.

Los de todos los años. Si faltase alguno, creería que, como he oído decir toda mi vida, el Carnaval se va.

¡Qué se ha de ir!

Este año recorrió el paseo una mascarada nueva.

Un *esquilador*, empuñando enormes tijeras mohosas, ejercía su oficio en un *burro* bípedo, al que sujetaba con el correspondiente acial el *ayudante*. Y al que hacía de burro (supongo que sin el menor esfuerzo) le trasquilaban de verdad.

El progreso es evidente.

\*  
\*\*

El sol se asomó para ver la mascarada; describió el cortinón de nubes y echó su mirada luminosa al paseo.

Inútilmente. Sobre la Acera de Recoletos,

y el paseo de coches, y el salón del Campo Grande, flotaba, agarrándose á los árboles y encaramándose á los aleros de las casas, densa nube de polvo. Y el sol, enfurruñado, embozóse en el brillante encaje de *cumulus* y *nimbus* irisados, y no alumbró la fiesta.

Por los paseos y por la Acera se agitaba el gentío abigarrado; los coches daban vueltas y más vueltas por la carretera; de rato en rato un tranvía pasaba lento, bordeando la ola humana, haciendo sonar el mayoral el silbato estridente que dominaba el griterío de las máscaras y el sordo murmullo de la multitud.

En los balcones, haciendo alarde de belleza y gracia, mujeres innumerables luchaban con la gente del paseo «á serpentina limpia».

Las onduladas tiras de papel multicolor colgaban de los barandales en artística confusión. Los *confetti* caían de los coches como metralla perfumada.

—¿Bromas?—No sé. A mí un *Pierrot* mugriento me llamó flaco; un *bebé* afeminado me preguntó por la salud de la familia; una *beata*, de opulentas curvas y ojos negros brillantes, me llamó granuja... Las máscaras no me trataban muy bien.—¡Menos mal que otro *bebé*, pero femenino, que olía á polvos baratos, me abrazó exclamando: ¡rico, rico!

¿Se sonrío el lector?—¡Quizá á él no le hayan dado tantas bromas!

\*  
\* \*

Los teatros estaban llenos.

Mujeres hermosas, en abundancia enloquecedora. Pocas máscaras y menos ingenio bajo las caretas. De las melodías inspiradísimas de *Aida* y los episodios cómicos de *Los sobrinos*, apenas nos enteramos...

Hacia frío á la salida. La gente que salía de los teatros se cruzaba con grupos bullícicos que iban de prisa al baile. Bajo las capas femeninas asomaban faldas cortas; bajo los abrigos de los hombres, calzones de *clown*...

### Lunes

Una tarde triste y fría.

El viento amontonó nubes sobre nubes, cubriendo el cielo.

Luego llovió. No tanto, que ahuyentase del todo á las máscaras; lo bastante para que la mayoría buscara refugio en los salones de baile.

Cuando paró el chaparrón, la mascarada asaltó el paseo.

El polvo del domingo, se hizo barro, que

al ser chapoteado por el gentío, salpicaba las ropas de chispas grises.—¡La tierra arrojaba *confettis* de lodo! Y era curioso ver los disfraces salpicados arriba de multicolores papelillos, salpicados abajo de negruzcas motas de sucio barro.

Las máscaras corrían alocadas, chillaban estrepitosamente. La gente paseaba, arrebujiándose en los abrigos. De los balcones colgaban restos multicolores de serpentinatas, empapados por la lluvia...

De pronto abrióse paso por entre máscaras y paseantes, fúnebre comitiva: dos largas filas de «pobres de la Casa», con sendos cirios encendidos; sacerdotes, con vestiduras funerales; muchos hombres vestidos de luto, y en medio, como flotando sobre la multitud, el féretro negro. Detrás, un coche cubierto de crespones, y muchos más luego, vacíos todos, caminando lentos tras el cortejo fúnebre.

El agitarse del gentío, cesó á su paso; el bullicio loco de las máscaras se apagó como por encanto; las cabezas de los paseantes se descubrieron respetuosamente. Una comparsa de bailarines, que saltaban á compás golpeando sus palillos, suspendió el baile; abriéronse en dos filas los danzantes, y por en medio de ellas pasó el entierro...

Después, cuando la comitiva lúgubre

desapareció tras una esquina, renováronse la agitación y el bullicio... Pero no hubo alegría. Con el airecillo frío de la tarde, parecía soplar sobre la mascarada un hálito de muerte.

Antes que las sombras de la noche, echaron del paseo á las máscaras la tristeza y el frío.

\*  
\*\*

En los bailes se sudaba.

Recorrí no sé cuántos, diferentes todos y todos iguales; en unos *chorreaba* su «música en conserva» un piano de manubrio; en otros era una charanga desafinada la que marcaba el compás á los bailarines; en todos, las parejas giraban incesantes en torno del salón, empujándose, pisándose, tropezando en las cabezas de unos los brazos extendidos de los otros, con daño de peinados y de adornos.—Cada bailable es un abrazo largo: el hombre atrae y aprieta contra su pecho á la pareja, los torsos se tocan, las caras se acercan, se confunden los alientos, y al cruzarse acarician las miradas flameantes de deseo... El calor sofoca; se *masca* el aire, impregnado de aromas fuertes y de vaho de carne sudorosa, de olor á vino y de polvo negruzco que arranca el

pateo incesante al payimento y flota sobre la masa humana que se agita á compás. Las luces palidecen... Gritan las máscaras, dominando con sus chillidos el murmullo de la gente y el sonar de la música.—Son *bebés* con el pelo suelto, desgredado por el ajetreo del baile; *chulas*, de chillones pañuelos y de faldas crujientes; *jardineras*, con ancho sombrero, cargado de flores contrahechas; *capuchones*, improvisados tal vez con la colcha de la cama... *Pierrots*, enharinados; *clowns*, de pelucas blancas y azules; *llorones* escuálidos; *moros* ensabanados; *Tenorios* de guardarropía... Y así en todos los bailes.—El aire fresco de la calle me supo á gloria al salir de aquella atmósfera viciada.

En la esquina, bajo el farol mortecino, tropecé con un mascarón.

Le creía borracho. No era así; el máscara lloraba, y las lágrimas marcaban surcos churretosos en su rostro pintarrajeado. Le interrogué.

—Yo soy el Carnaval—me contestó.

—¡El Carnaval llorando? Todos creerían que estabas ahí dentro, en el baile, haciendo locuras.

—¡Me han suplantado! ¡Me ha suplantado esa mala hembra; y ahora me *cuelgan* las hazañas de ella!

—¿Y quién es esa mujer que se hace pasar por el Carnaval...?

—¿Sales del baile y no la has conocido? ¡Torpe eres! Te lo diré al oído. La...

—Confieso mi torpeza. ¡Debí adivinarlo!

### Martes

La niebla matinal, que envolvía la ciudad en húmedo manto grisáceo, me llenó el cerebro de ideas tristes y el alma de amargura.

El estrépito anunciador de la mascarada vespertina, sonaba en mis oídos á insoponible necedad de turba imbécil.

Un ataque agudo de *surmenage*, la enfermedad de moda, me trastornaba.

Pedí remedio al campo, al aire libre, y la Naturaleza mostróse propicia al fervor de mi demanda.

El sol rasgó la niebla poderoso, deshaciéndola en girones que se agarraban á los retorcidos sarmientos de las vides, á los terrones pardos de las tierras labradas, á las copas verdinegras de los pinos; que voltejaban por las laderas yesosas, erizadas de tomillos secos, y se perdían tras las cimas onduladas de las colinas.

Como lluvia de oro, la luz del sol inundó la llanura, arrancando tonalidades de

esmeralda á la grama que festona los linderos y á las verdes puntas de los trigos que asoman lozanos sobre el lomo de los surcos; irisando los cristales de *espejuelo*, que esmaltan la parduzca superficie de las lomas; avivando la blancura de las paredes y los rojizos tonos de los tejados de las casas campesinas; riellando en el ondulado cristal del río, manso y claro, que murmura susurrante entre los álamos blanquecinos y los chopos negruzcos, desnudos de hoja.

Llevaba el viento, en sus alas invisibles, carga vivificante de aromas campesinos: perfume de romeros y tomillos renacientes, de pinos resinosos, de yerba fresca, de violetas tempranas, de tierra húmeda... todo el olor voluptuoso de la Naturaleza.

La Primavera adornaba á la Tierra con sus floridas galas, ungiéndola de aromas, para recibir amorosa el primer beso en sus nupcias fecundas con el Sol.

Tristezas y amarguras se disiparon en mi espíritu como la niebla en la llanura. Al bañarme en la luz, tibia y dorada, del sol primaveral, sentí renacer en mi alma la alegría.—Y volví á la ciudad.

\*  
\*\*

El Carnaval agonizaba. Huían rápidos los últimos resplandores del crepúsculo y

surgían, acá y allá, las luces amarillentas de los faroles de gas.

El gentío inundaba la calle de Santiago, y restregando los piés sobre el asfalto, avanzaba lentamente hacia la Acera.

Las máscaras, sin careta ya, mostraban los rostros sudorosos y empolvados, gritaban roncas y saltaban con el último esfuerzo de su loca excitación.

Los últimos *confetti* caían de los balcones; ondulaban en el aire las últimas serpentinas; los *perfumadores* lanzaban sus últimos escupitazos de esencias.

En la Acera la gente se agolpaba, empujándose brutalmente, pisándose, estrujándose sin duelo.

Flotaba sobre la multitud, nube espesa de polvo negruzco, que formaba brillante aureola á los mecheros *aüer*.

Las comparsas ruidosas hendían vigorosamente el gentío, dominando el murmullo de la muchedumbre con el recio sonar de trompetas y cencerros.

Y poco á poco las calles inmediatas iban sorbiendo la oleada humana, como inmensas colaguas en que se hundiera la algazara tormentosa del gentío...

Febril excitación, sensual locura, desbordamiento de la necedad... todo, menos alegría sana y fecunda, palpitaba en la ruidosa mascarada.

Y sin embargo, me pareció alegre aquella confusión; no pudieron con mi alegría ni la brutalidad que se desborda, ni la sensualidad que se enloquece; el desfile de mascarones sudorosos y sucios, á la luz mortecina de los faroles y bajo la nube espesa de polvo negruzco, aumentó mi alegría.

Y ahora, cuando esto escribo, ya en el primer día de la Cuaresma, el terrible *memento* de la Iglesia, que pesa sobre mi frente, en vez de hablarme de agonía temerosa, me dice sólo que la muerte es tránsito deseable, y el polvo, la tierra, lecho dulcísimo, como regazo de madre, para el reposo eterno.

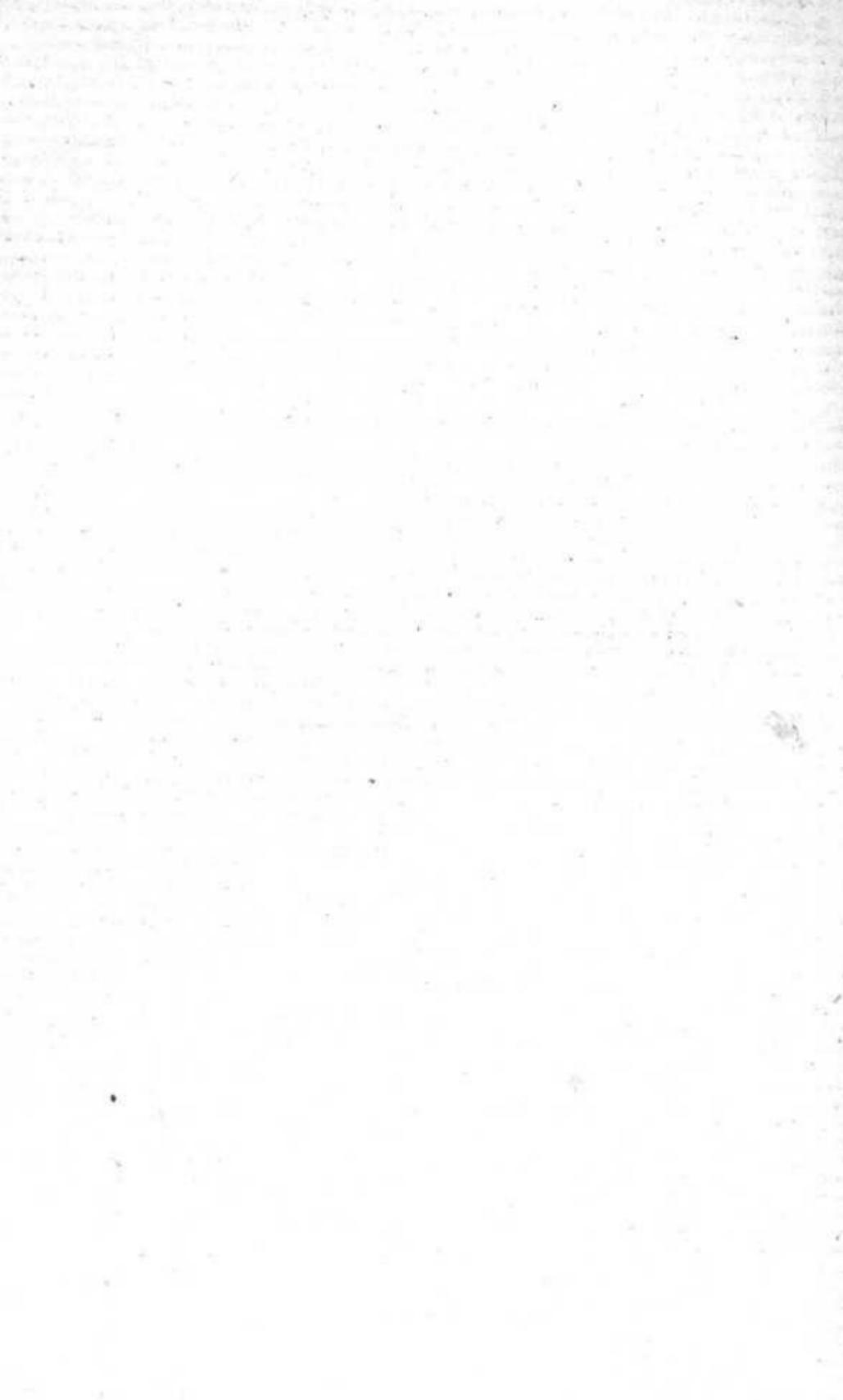
Estoy alegre.

---



La fuente de mi plazuela

---





**D**ELANTE de mi casa hay una fuente. Es una fuente insignificante, con pilón y columna de hierro; y sin embargo, parece que la plazuela se ha hecho exclusivamente para ella.

Si no fuera por la fuente, entre los adoquines del empedrado crecería la yerba. Pero la fuente atrae á los vecinos y á todas horas resuena en la plazuela el alegre estrépito de los que van y vienen en busca de agua.

Mientras los cántaros se llenan, las maritornes murmuran y ríen. Sus *señoritos* dejan á diario tiras de piel junto al pilón verdoso...

Para la chiquillería de la vecindad no hay diversión como la fuente: beben á *morro*, mojándose el rostro y los vestidos; tapando el caño con las manos, convierten el

chorro en caprichosos surtidores; juegan chapoteando en el charco cenagoso formado en torno del pilón...

Un aguador viene todos los días.—Aquí ya no hay aguadores; el Canal del Duero acabó con el gremio; los que no tienen agua en su casa son demasiado pobres para pagar al aguador.—El de mi cuento es un anacronismo. Un viejo de cara arrugada y pelo gris, alto y seco; encorvado, muy encorvado, como si el peso de los cántaros, en tanto subir y bajar escaleras, le hubiera doblado el espinazo. Viste blusa y bombachos azules, gorra de pelo, botas claveteadas. Trae un carrito, que parece una cantarera con ruedas, del que tira un borrico entrepelado, flaco, muy flaco, hasta asomar los huesos por las mataduras. Llegan: el borrico estira las orejas, como muestra de satisfacción por el descanso; el hombre pone uno tras otro todos sus cántaros bajo el chorro de la fuente, y á medida que se llenan los va volviendo á los agujeros de la ambulante cantarera. Luego se marchan: el borrico arrastrando penosamente el carro; el hombre arreándole con fatigoso *jaaaaah, burro!* Algunas veces empuja también el armatoste.—Nunca he visto beber en la fuente ni al amo ni al borrico...

Al anochecer vienen á la fuente parejas

amorosas. Cocineras y asistentes, niñeras y aprendices de cualquier oficio; alguna doncella de casa rica, con su jarrita de cristal en vez de cántaro, trae por novio un señorito achulapado.—Colocan en el pilón el cántaro, le vuelven la espalda, y charla que charla, á la luz del farol mortecino, poniendo á ratos la cara seria y á ratos riendo, se olvidan de que el cántaro rebosa y les llama con su glu glu inacabable.—A veces un perro vagabundo aprovecha la distracción para beber con comodidad en el cántaro rebosante...

De noche nadie viene á la fuente.

Desde mi cuarto de trabajo oigo el murmurio incesante del agua que rebota sonoramente en el pilón y gorgotea en el agujero de la cloaca.

Es una canturia monótona, una escala inacabable, cuyas notas se repiten sin cesar.

Con su rumor opaco es más completa la soledad de la plazuela.

El canto de la fuente llega á mi oído como canción estéril de lo inútil.

¡El agua que se pierde en el fondo sin fondo de la alcantarilla! ¡En los días de las turbias, en las épocas de sequía, cuán útil fuera toda esa agua que á diario se escapa!

Así es la vida: monótona y estéril casi siempre; perdiéndose en el canal interminable

---

del inútil tráfago diario, las ideas más bellas, los pensamientos más sublimes, las energías más vigorosas... como el agua más pura, más cristalina, marcha sin provecho por la alcantarilla mal oliente y negra...

De día, cuando los rojos cántaros se llenan bajo su chorro, es muy alegre la fuente de mi plazuela. Es muy triste de noche su murmurio, cuando el agua, rebotando sonoramente en el pilón y gorgoteando en el agujero de la cloaca, se pierde horas y horas sin provecho... Como la vida, como las ideas, como las energías, en el fondo sin fondo del humano tráfago, alcantarilla negra de lo estéril.

---

## Contradicciones

---





OMOS los españoles el pueblo más deliciosamente contradictorio. No ya de religiosos, que esto sería honrarnos; de fanáticos se nos tacha por los de fuera, que ven cómo se exteriorizan violentamente en nosotros todos los fanatismos, el negro igual que el rojo.

Y sin embargo, observando con atención se convence cualquiera, por escasa que fuere su perspicacia, de que los españoles, en el fondo, tenemos bien poco de religiosos y de fanáticos sólo la forma, el gesto.

El Jueves Santo es el día más grande de la Iglesia. Celebra en él la fiesta del amor divino, el misterio más adorable, la generosidad más infinita—si en lo infinito cupieran grados—del Creador. En los tabernáculos

dorados, entre los cirios innumerables cuyas llamas oscilantes inundan de luz el templo aromado de incienso y de flores, bajo los ricos cortinajes orlados de oro, sobre las argentadas graderías de los altares, Dios, oculto en la materia humilde del pan ázimo, se ofrece á los humanos como alimento de sus almas, como goce inefable de sus espíritus, como premio infinito de sus conciencias limpias, en unión admirable de lo absolutamente grande con lo infinitamente pequeño.

En las calles no resuena el estrepitoso rodar de coches y tranvías, el ronco trepidar de los pesados carros, el chocar de los cascos sobre los adoquines. Sólo las llena el murmurio leve de las voces quedas de hombres y mujeres, el rozar de los pasos de los que en grupos pintorescos van gravemente de iglesia en iglesia visitando altares.

Dentro de los templos suenan sordamente millares de oraciones, coreadas por el triste chisporroteo de los cirios é interrumpidas por el vibrante choque de las monedas en la bandeja de las limosnas. Las mujeres se postran, inclinando al suelo sus cabezas tocadas con las negras mantillas ondulantes, los hombres se arrodillan, humillando también sus frentes descubiertas; sólo los niños elevan al tabernáculo, que brilla como ascua

dorada entre las luces, la mirada plácida, curiosa, escrutadora, de sus ojos inocentes.

En las casas se come de vigilia, se ayuna. Los teatros están cerrados; círculos y cafés tienen sus puertas entornadas; tascas y tabernas echadas las trampas.

El cuadro es completo: un pueblo de creyentes que se entregan en absoluto á las prácticas de su fe.

Pero quien advierta que la jovencita postrada ante el tabernáculo atisba, con el rabillo del ojo, al apuesto galán arrodillado en oscuro rincón; que la vetusta anciana cuenta las velas del monumento y murmura del sacristán; que el grave caballero, hincado de rodillas, bosteza; que á la puerta del templo se dicen chicoleos alegres á las mujeres y que éstas cuidan que la mantilla realce hipócritamente su hermosura en lugar de velarla; que tras la puerta de los cafés resuena el chocar de copas y platos y el estrépito del dominó; que los taberneros hacen hoy su *agosto*; que en los centros de recreo, al parecer cerrados, se juega locamente al aristocrático *bacarrat* y á las *clásicas* chapas; que...

Quien tal advierta, verá cambiados los tonos del cuadro, y en vez de un pueblo de creyentes que se entregan á las puras prácticas de su fe, verá un pueblo de indiferentes,

que ni fervorosos ni descreídos, cumplen las fórmulas sin sentir el fondo y aprovechan la fiesta más grande de la Iglesia, la fiesta del amor infinito, la del misterio más adorable, para jugar á las chapas, beber en grande y decir chicoleos á las mujeres que con las hipócritas mantillas están mucho más guapas... Todo, entre los Oficios y las Tinieblas, entre un *Pater-Noster* y un *Gloria Patri*, entre la visita de altares y el sermón de Pasión.

Y francamente, ante tales contradicciones de nuestro pueblo, ante tales muestras de religiosidad y tales alardes de descreimiento, no sabe uno qué pensar ni á qué atenerse.

Benévolamente pensemos que somos los españoles el pueblo más deliciosamente contradictorio...

---

La vida se acorta





N paciente escritor holandés expone y comenta una estadística desconsoladora.

Yo he pasado rápidamente sobre las columnas de cifras y he buscado en el comentario la enseñanza que de ellas se desprende: la vida humana es cada vez más corta.

No hacían falta cifras, sabia y pacientemente logradas, para convencernos de esa verdad. Nos basta volver los ojos á nuestros recuerdos.

Hace medio siglo los *chicos* fumaban sus primeros pitillos á los veinte años, tenían la primera novia á los treinta, á los cuarenta eran recién casados; los cincuentones comenzaban á ser hombres.

Hoy se toman al mismo tiempo el silabario y la petaca, los muchachos del Instituto son *Tenorios* despreocupados, los estudiantes de Facultad hombres corridos; á los veinticinco años tenemos reuma; á los treinta el hombre *ha vivido*.

Sí; la vida es corta; más corta á cada generación.

En cambio, es más rápida.

Por lo mismo que son pocos los años disponibles para vivir, el hombre instintivamente vive de prisa. No nos conformamos con salvar, dando un rodeo lento, los obstáculos, las asperezas del camino; no nos paramos á gozar las dulzuras del oasis, tumbándonos pacíficamente sobre la yerba mullida y fresca, escuchando el gorgoteo de la fuente, recibiendo la amorosa caricia del sol... Nos basta sentir al paso la sensación voluptuosa del ambiente tibio, oír un instante la canturia fecunda del agua que brota, pisar rápidos la alfombra florida. Embestimos de frente el obstáculo, saltándole briosos ó deshaciéndole potentes, y nos libramos de la aspereza del camino, corriendo, corriendo...

Las ideas no se difunden poco á poco, en discursos pesadamente argumentados, ni en tomos enormes; surgen como explosión atonadora, recorren la tierra, de cerebro en

cerebro, como chispazo eléctrico, en las fogosas arengas del mítin, en las hojas volanderas de la Prensa.

Hacemos los negocios por telégrafo; nos contamos la vida diaria por teléfono.

Necesitamos saber todas las mañanas lo que el día anterior ocurrió en nuestro barrio y en los antípodas.

Queremos que nos den hecha la opinión sobre todos los asuntos; y no una, muchas opiniones diversas, contradictorias, para poder elegir la que más nos agrade, sin tomarnos el trabajo de hacernos la nuestra. ¡No tenemos tiempo para ello!

Con la noticia del último libro deseamos su crítica. A las cuatro horas de salir del teatro precisamos el juicio que los críticos formaron del estreno.—Como no disponemos de tiempo para leer libros, en vez de novelas pedimos cuentos; en vez de artículos doctrinales de cinco columnas, buscamos las crónicas de cincuenta líneas; en vez de dramas en muchos actos, piececitas de veinte minutos. Y la literatura se refugia en los periódicos diarios y en los teatros por horas.

La vida política es rápida, febril. Los hombres que valen se encumbran en un día. Los que subieron, caen en una hora, si no les corona el éxito. Los Gobiernos, que antes duraban lustros, ahora duran meses.

La vida es más corta, sí, á cada generación.

Pero no debe preocuparnos, no debemos sentirlo, si en un día gustamos hoy las sensaciones de muchos años, si en un minuto vivimos un día, si en un lustro cruzamos toda una vida.

Yo no creo en el tiempo; el tiempo para mí no es otra cosa que un necio encasillado en que vamos almacenando, clasificados, los recuerdos. Yo cuento la vida por sensaciones, por dolores ó placeres.—¿Quién me convencerá de que he gastado la misma cantidad de vida en un día monótono, de incoloro aburrimento, que en otro día de violentas tempestades anímicas, de amarguras crueles ó de alegrías inefables? ¿Han vivido lo mismo, un minuto, quien en él concibió un hijo ó una idea y quien durmió ese tiempo?

Sí, sí; la vida es más breve hoy que ayer, mañana que hoy.

Pero ¿qué nos importa vivir cien años ó vivir treinta, si hemos gustado las mismas alegrías y los mismos dolores?

¡Bien perdió el tiempo el holandés pacífico que formó una estadística para enseñarnos que la vida es más corta á cada generación!

---



# Surmenage

---





s la enfermedad de moda.

Y huelga consignar, que es de procedencia francesa.

Enfermedad que no lo es realmente, padecida hoy por todos los franceses—y francesas especialmente—de buen tono.

Es enfermedad que *viste* mucho: más que el *spleen*, que los aristócratas británicos nos enviaron años atrás.

El *surmenage* es laxitud, cansancio moral y material.

Pero no el cansancio que produce la ruda labor del obrero y que curan una buena cena y un sueño reparador; no es, tampoco, la laxitud que sucede al prolongado esfuerzo cerebral del escritor, del burócrata ó del artista. Es laxitud y cansancio producidos

por la actividad empleada en multitud de cosas inútiles.

Los franceses, por su especial idiosincrasia, viven en actividad constante; la mujer más aún que el hombre. Porque si éste se ocupa de sus negocios, de sus diversiones y de sus galanteos, aquélla se divierte, galantea, interviene en los negocios del marido y dirige ó ejecuta, además, las múltiples faenas del hogar doméstico.

Aunque, á decir verdad, la mujer de elevada posición despacha estos últimos, tomando cuentas á los criados, dando un beso matinal á los niños y dictando varias órdenes nocturnas á la servidumbre. Y es de notar, también, que, en la alta clase, el hombre dedica más atención y tiempo á los *sports* que á los negocios.

Esta inutilidad de ocupaciones variadísimas requiere un esfuerzo de atención tan largo y persistente, que produce al cabo la enfermedad de moda: el *surmenage*.

¿Nos entendemos, lector, en lo que es el *surmenage*?

Añadiré, para mayor claridad, que estar *surmené* es aquel estado que suele hacer exclamar á *nuestras* damas: ¡estoy cansada y no he hecho nada!

Frase que no recuerdo qué autor coloca entre las pocas verdades que dicen las mujeres.

Esa moda del *surmenage* tendrá éxito en España.

Pero su novedad consistirá, más que en «no hacer nada», en fatigarnos por ello. Porque la indolencia para lo útil es en nosotros heredada: restos de sangre árabe que corre aún por nuestras venas latinas.

Tendrá éxito, sí, la nueva enfermedad.

Las damas adoptaránla enseguida porque *viste* mucho. Además, ¿es tan interesante una mujer hermosa, *surmené!*

Los hombres iremos poco á la zaga: á los intelectuales les *cae* bien, porque acusa agotamiento tras la labor cerebral productora de las grandes ideas; á los burócratas, porque revela laxitud, consecuencia de árduas combinaciones; á los políticos, porque denuncia la fatiga de sus afanes, de sus meditaciones, de sus trabajos para formar planes regeneradores de la patria...

Y políticos, intelectuales y burócratas explicarán verídicamente su *surmenage* con la femenina frase: ¡estoy cansado y no he hecho nada!

Años hace que es estéril la actividad de nuestros burócratas: dejan caer todo negocio en manos de compañías extranjeras.

Años hace que nuestros intelectuales no producen nada nuevo: arreglan del francés, copian del ruso ó *fusilan* del sueco, y dicen

lo que *fusilan*, copian ó arreglan en un castellano tal, que haría blasfemar de ellos y de su casta al príncipe de los ingenios.

Años hace que nuestros políticos no saben de regeneración más que la palabra: á vueltas de predicaciones retóricas y de proyectos hueros, nos dejan caer, poco á poco, más hondo aún del abismo en que nos arrojará la catástrofe.

¡Vaya si tendrá éxito el *surmenage*!

La mujer, educada cada día más vanamente—ni el «ama de gobierno» antigua, ni la «intelectual» moderna—estará con frecuencia *surmené*.

El hombre—intelectual infecundo, burócrata inútil, político torpe—padecerá también de *surmenage*.

Y todos, hombres y mujeres, tras derrochar actividad en cosas inútiles y en labor infecunda, podrán decir:

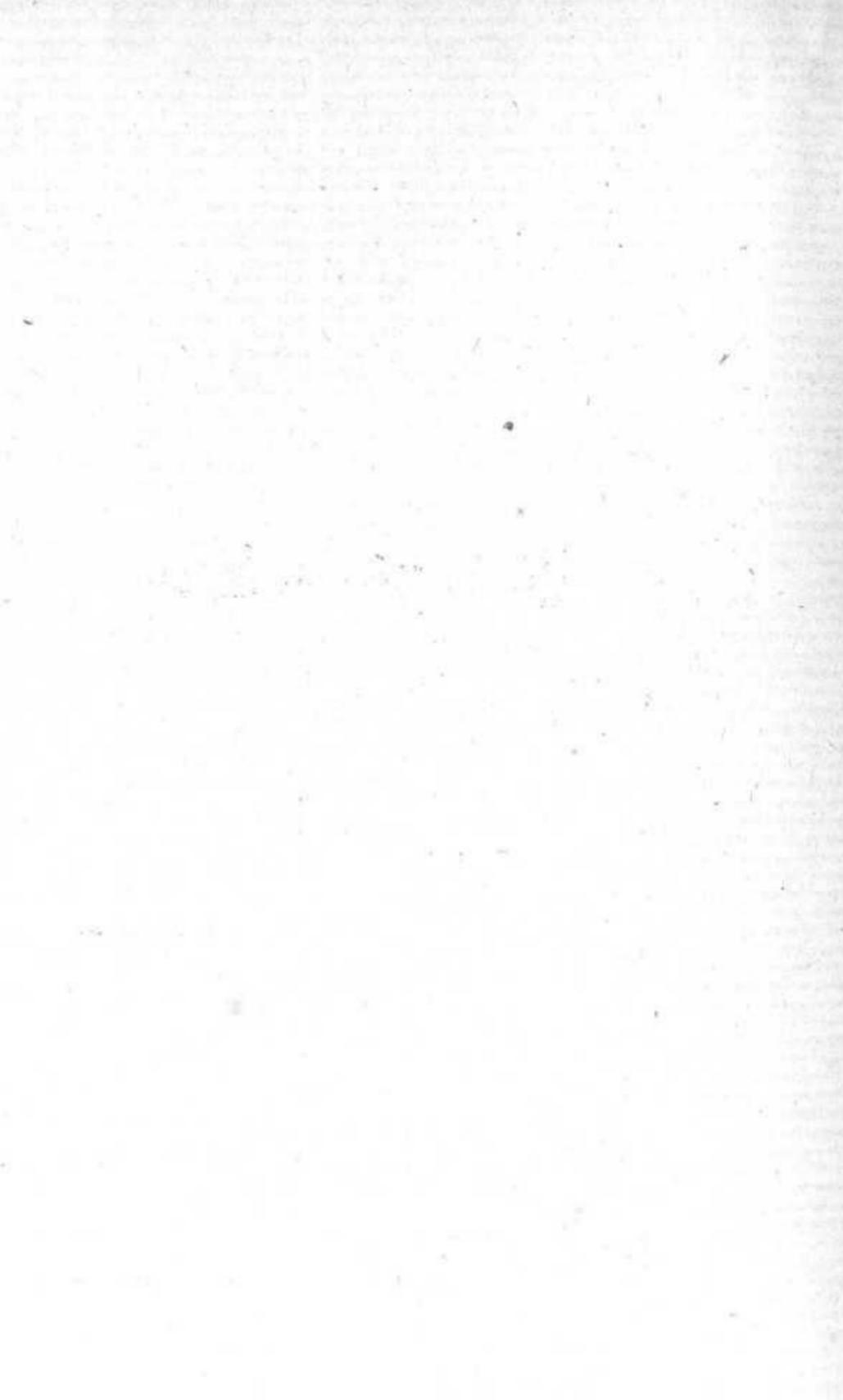
¡Estoy cansado y no he hecho nada! ¡Estoy *surmené*!

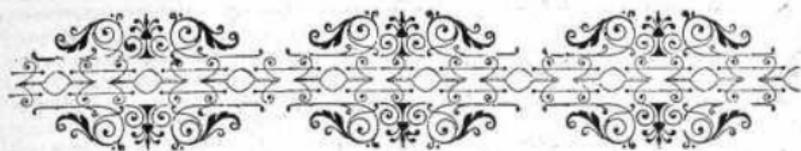
Y dirán la verdad.

---

Viendo entrar la Virgen

---





oco á poco van llegando los *pasos* de la procesión, precedidos de doble hilera de nazarenos encapuchados, abriéndose camino difícilmente por entre el gentío que llena la plaza y rebosa por las calles inmediatas.

Vibra en el aire el sordo murmullo de la multitud, que se agita y se amontona, estrujándose, envuelta en la obscuridad de la noche apenas interrumpida por unos cuantos faroles mortecinos y las lámparas eléctricas, que formando una cruz, brillan sobre la puerta del templo. En los ventanales de Calderón y en los balcones de las casas, racimos humanos apretándose sobre los barandales, presencian el regreso del Santo Entierro.

Siguen llegando los *pasos*: el Cristo *de los Carboneros*, dolorosamente hermoso, bamboleándose sobre las andas; el Descendimiento, el *Reventón*, sobre ruedas, hendiendo la multitud, que oscila estrujándose violenta para dejar plaza al armatoste enorme; la *Cruz desnuda*, colgando de sus brazos el sudario y apoyándose en ellos todos los mortales atributos de la Pasión.

Luego, en filas interminables, los seminaristas, los cofrades, el clero con sendos cirios en la mano—un reguero de luz, cortando la negra ola humana, que se agita en la plaza.

El Sepulcro, á hombros de sacerdotes, escoltado por fornidos *gastadores*, con el ros caído sobre la espalda y el maüßer á la funerala. Y tras el Hijo muerto, la Madre dolorosa.—Sobre las andas, resplandecientes de luz, la escultura maravillosa de Juan de Juni.

...Cuando era niño, mi madre me llevaba todos los años «á ver entrar la Virgen». Y en el momento en que, ante la puerta de la iglesia, volvían hacia el pueblo la Dolorosa, me alzaba en los brazos para que la contemplase, y me decía: ¡Hijo, pídele, pídele á la Virgen que te haga bueno!—Y yo lo pedía: ¡hame beno! con mi lengua de trapo; muy quedo, muy bajito, como hablaba mi madre al dormirme en su regazo.

—Lo que en ese instante se le pide á la

Virgen lo concede siempre. ¡No lo olvides!  
—me decía mi madre volviendo á casa.

Yo no lo olvidaba.

Seguí yendo «á ver entrar la Virgen» y á pedirla que «me hiciera bueno».

Un año la pedí que «me sacasen» de la escuela.

Fuí creciendo, y todos mis anhelos volaron sucesivamente hasta la Virgen dolorosa en peticiones sencillas.

Un Viernes Santo—¡qué horrible!—mi madre se moría. Mi padre lloraba arrodillado junto al lecho en que la pobre agonizaba; mis hermanitos vagaban por las habitaciones, mudos, con el rostro asombrado, presintiendo, sin comprender, que algo muy triste flotaba sobre ellos... Yo me acordé de que era Viernes Santo; oí muy lejano el lento sonar de una marcha fúnebre, y me escapé de casa; corrí, corrí como un loco; llegué á la plaza de las Angustias jadeando; á fuerza de fuerza, logré atravesar la muralla humana y ponerme el primero, entre un municipal y un cofrade, junto á la Virgen, que en aquel instante se volvía hacia la multitud; y clavando mis ojos llorosos en el rostro doliente de la imagen, con fe de niño, anhelante, trémulo, la pedí que «pusiera buena», á mi madre—muy quedo, muy bajito, como cuando ella me alzaba en sus brazos para que rogase...

Cuando ya fui hombre seguí pidiendo: ilusiones de gloria, ensueños luminosos de castos amores; á veces lenitivo al dolor, alivio á la amargura.

Luego, el trajín de la vida me llevó muy lejos; y en la lucha rudísima fueron cayendo, uno tras otro, mis ilusiones, los ensueños de amor, las esperanzas; fué adormeciéndose el deseo, flaqueando la fe, hundiéndose el espíritu en la neblina gris del tedio de una vida sin objeto...

Y ayer volví.

Volví á la plaza que inundaba el gentío; esperé entre curioso y distraído, el momento solemne; y cuando al son majestuoso de la marcha real, á la luz ofuscante de las bengalas, apagándose el murmullo ronco de la multitud, la Virgen volviöse hacia el pueblo, la expresión trágicamente dolorosa, dolorosamente divina de su rostro, me hizo enternecer; sentí extraño escalofrío dentro, muy dentro, donde duelen las penas, donde vibra el amor; sentí que la fe pura del niño resucitó en mi pecho, y clavando mis ojos en la Madre dolorosa, otra vez fuí á pedirla, á pedirla como antes... Pero mis labios no se movieron.

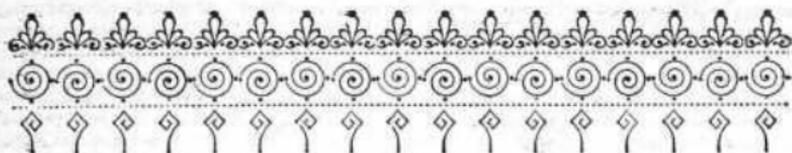
¡No supe qué pedir!

---

Lipi-japas

---





OR el paseo sombreado de plátanos, la multitud va y viene lentamente como si diera vueltas á una noria fantástica, interminable. Y en las sillas alineadas á los lados, bajo los árboles, contemplan á los paseantes dos filas de curiosos.

Es el paseo aristocrático.—Forman aquella muchedumbre las gentes linajudas, los adinerados, los ociosos...

Es el paseo de moda.—Los elegantes acuden á él cuando cae la tarde, para ver á los demás y para que les vean.

El sol, que amarillea al hundirse tras la línea ondulada de las colinas, se asoma curioso por entre el follaje, envolviendo en su caricia tibia, luminosa, al gentío que

pasea lentamente; arrancando al césped de los jardines tonalidades de esmeralda; do-  
rando el polvillo ténue que flota en el aire...  
Besa amorosamente los rostros femeninos.  
Trata de herir con su lumbre los rostros de  
los hombres... Pero es intento vano; los  
hombres cubren su cabeza con jipi-japas  
cuya ala, caída por delante, sombrea los  
rostros.

Son jipi-japas blancos ó amarillentos, de  
blancura lechosa ó de matiz pajizo; los hay  
de copa achatada como tapadera de marmi-  
ta, de copa bombeada, abollada simétrica-  
mente; todos van orlados por estrecha cinta  
negra, anudada á un lado en lazo contra-  
hecho... Sobre la muchedumbre que va y  
viene á lo largo del paseo, parecen flotar los  
blandos jipi-japas, como barquichuelos vol-  
cados, con la quilla al sol, sobre aquel mar  
movible de cabezas.

De pronto, bogando trabajosamente por  
entre la multitud de jipi-japas, aparece otro  
grande, muy grande, de alta copa un poco  
puntiaguda, de ala muy ancha, muy amplia,  
caída sobre la frente de su dueño, levantada  
por detrás como para conservar el equilibrio;  
un jipi-japa cuyo color agarbanzado denun-  
cia que le tostó muchas veces el sol, que le  
bañó muchas veces el agua.

Los demás jipi-japas le abren paso, y se

vuelven mirando con sorpresa al extraño compañero, al sombrero amarillento, que no lució jamás sus alas grandes y su copa enorme en el escaparate acristalado del sombrerero de moda.

Yo he conocido enseguida al jipi-japa enorme: es, no cabe dudarlo, un repatriado. Fué en Cuba á la campaña, le abrasó días y días el sol de los trópicos, le mojó mil veces la lluvia torrencial de aquellos climas, le envolvió con mortífera frecuencia el humo de la pólvora... Acaso le salpicó de rojo la sangre de su dueño.

Por eso, los demás jipi-japas inmaculados no le conocen. Son mucho más jóvenes. Cuando ellos nacieron en el taller americano—ó en la sombrerería madrileña—ya no había en las Antillas jipi-japas españoles.

. . . . .  
Se hundió el sol tras las colinas onduladas; cayó la sombra sobre el paseo; palidieron los vivos colorines de los vestidos; el verde del follaje y de la yerba se oscureció; el polvo, antes dorado por la luz solar, trocóse en crespón grisáceo.

Y aunque el sol ya no podía herir los rostros de los paseantes, los jipi-japas señoriles siguieron con el ala caída sobre las frentes.

Sólo *el otro* fué lógico: alzó gallardamente el ala por delante, mientras por detrás la dejaba caer sobre el cogote hirsuto.

La admiración de los demás sombreros subió de punto.—Era un delito de lesa moda. ¿Tal vez una arrogancia?—Y se volvían al paso del cubano, y se agitaban con indignación...

¡Los necios! Ellos indignados, ellos orgullosos!...

El *otro*, el repatriado, el de copa enorme y alas amplísimas, es el que podía mostrarse orgulloso alzando gallardamente el ala sobre la frente de su dueño... Orgulloso entre aquella turba de jipi-japas que perdieron el nombre español y se llaman *Panamás*; que afeminados, no pueden levantar el ala flácida; que están blanquísimos porque no les tostó muchos días el sol de los trópicos, ni les empapó la lluvia, ni les ahumó la pólvora, ni les salpicó de rojo la sangre de su dueño.—Ese tenía derecho al orgullo.

Tal vez, también, á la indignación.

---

¡De los foros...!

---





ASÓ la feria.

Los festejos, que en el cartel eran multicolores esperanzas, son lacios restos de banales realidades.

El gentío que alegre y bullicioso llegó hambriento de diversiones, se marcha mustio y cansado.

La ciudad que se vistió de fiesta, se despoja de sus galas marchitas.

De la feria, que ayer expiró, sólo quedan unos cuantos barracones antiestéticos en el Campo Grande, con los abigarrados cartelones desteñidos, los organillos roncós, los telones manchados por el polvo y la lluvia, y el letrero desesperado de «¡Último día! ¡A 15 céntimos!».—Saldo de maravillas... á tres *perras chicas*.

La corrida extraordinaria fué el último festejo. ¡Festejo de decadencia!

Bonarillo, aquel novillero de elegancia sugestiva y valor emocionante, convertido en vulgar estoqueador de tercera fila. Reverte, el arrojado, inspirador de coplas en que canta el pueblo la valentía de sus héroes, dando el paso atrás, buscando *alivios*, echándose fuera, perdidos para siempre las *facultades* excepcionales y los *reaños* sin ejemplo.

A la corrida marchaba por el paseo de Zorrilla, el gentío alborozado: gente á pie, entre rumor de carcajadas y cantares; gente en coche, entre estrepitoso trotar de caballos, sonar de cascabeles y restallar de fustas; y el sol arriba, ofuscante, esplendoroso, inundando de luz el animado cuadro, transformando en nimbo luminoso el polvo que flotaba.

De la corrida regresaba el gentío desilusionado: gente á pie, entre áspero rumor de arrastrar de pasos; gente en coche, entre pesado ruido de patear de bestias, lento crujiir de muelles é inarmónicos gritos de cocheros; y envolviendo á todos, manchando rostros y trajes de blanquecino velo, nubes de polvo denso flotaban en el aire.

Sobre la *vaca* de un coche de camino, erguidas como claveles frescos, unas cuantas mujeres nos saludaron risueñas á la ida.

---

Al regreso esperábamos de nuevo la lluvia espiritual de sus sonrisas. Llegó el carruaje, alzamos al aire nuestros sombreros... Las hermosas pasaron sin mirarnos.

En aquel instante alguien preguntó al amigo que me acompañaba:—¡Con que venís...?

Y mirando el coche, que se alejaba con su carga de alegres bellezas femeninas, contesté por mi amigo, en el tono más mustio:—¡De los toros...!

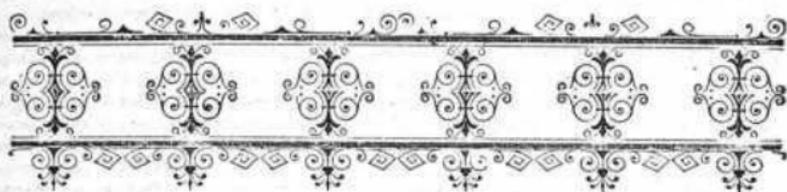
---



**R**ecordatorios

---





LA noticia, primero me hizo reír; después, me hizo pensar.

¡Ahí es nada!

Unos cuantos aristócratas, damas y caballeros, que viajaban por la línea de San Sebastián á Bilbao, vieron invadidos los lujosos departamentos que ocupaban, por varios campesinos rústicos, záfios y mal olientes... ¡No había *terceras*! Y, lo que es peor, vieron invadidos sus cuerpos ociosos y sus ricos trajes por insectos de aquellos que á Sancho convencían de no haber pasado la línea equinocial...

Reí; reí francamente, imaginándome la cómica indignación de aquellos aristócratas, ante la invasión del olor á campo, á cuadra,

á ajos, todo mezclado, dominando al heliotropo, á la violeta, al *kananga*; figurándome las contorsiones ridículas de las encopetadas señoras y los empaquetados caballeros al sentir los picotazos de los sucios parásitos de la miseria.

Y reí más, y de mejor gana, al leer el complemento de la noticia: los víctimas de la aproximación de los labriegos, como eran extranjeros en su mayoría, han reclamado contra la empresa ferrocarrilera, por la vía diplomática.

¡No podía llegar la diplomacia á menos, ni los piojos á más!

¡Los ceremoniosos embajadores ocupados en valuar la indemnización correspondiente á cada picadura!

El suceso es de lo más á propósito para reir.

Lo es, también, para pensar.

¿Por qué se indignaron, por qué reclamaron los aristócratas? Porque la pobreza rozó, con su manto de harapos, las telas inmaculadas de los lujosos trajes; porque infestó, con su hedor repugnante, la perfumada atmósfera que respiraban satisfechos los poderosos; porque los parásitos *indecentes* de la miseria saltaron del chaquetón raído á la americana irreprochable, del corpiño basto á la blusa de *surah*.

La diosa implacable, verdugo de los desheredados, acercóse á los grandes, acariciados por la deidad Riqueza, para decirles—parodiando la famosa frase de Victor Hugo: —¡Poderosos, vengo á daros una noticia: la miseria existe!

Por eso se indignaron, por eso reclamaron.

Indigna al rico saber que hay miserables: no hay riqueza tan bien gozada que no tenga algo de deuda para con el pobre.

Comprendo que reclamen los que pagan su pasaje en el ferrocarril para divertirse satisfechos y se encuentran de manos á boca con quien les da noticias desagradables que tienen, además, amargor de reproche.

Hallará eco su indignación, serán oídas sus reclamaciones. ¡No faltaba más! ¡Los poseedores de las acciones, los amos del cupón, manchados de miseria, picados de piojos! ¡Horror!

Si contra su pobreza y contra el olvido en que yacen, reclamaran los pobres; si contra los potentados, que al aumentar sus riquezas inmensas agravan la miseria de los desheredados, se indignaran éstos violentamente, sería llegado el caso de calmar su indignación y acallar sus reclamaciones á palo limpio. ¡El orden público lo primero!

¡Que reclamen, si es caso, por la vía diplomática!

Pero, no haya cuidado. Los pobres no reclaman; y si se indignan, no traspasa su indignación las puertas del hogar mísero.

Los poderosos pueden vivir tranquilos, olvidados de la pobreza ajena; viajar cómodamente en *sleeping-car*, sin acordarse de que se amontonan en *tercera* los desheredados. Sólo la traviesa casualidad hará, tal vez, que se junten en un mismo departamento—como ahora—el lujo y la miseria.

Cosa que, á mi entender, es moralmente *higiénica*.

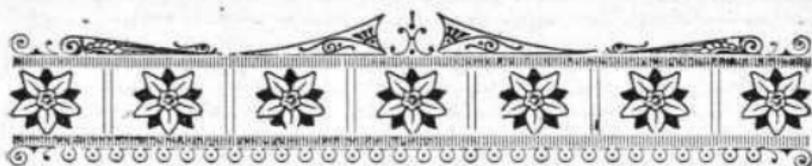
Porque es bueno que, así como los expresos, cruzando rápidos por las aldeas pobres, recuerdan á sus míseros habitantes que hay ricos en el mundo, el *vil* olor de ajos y los piojos *indecentes*, intrusándose en los vagones de lujo, recuerden á los aristócratas que en la tierra hay pobres.

---

**E**l gran chulo

---





**E**N todas las naciones se ha iniciado una campaña saludable y honrada, contra esa vergüenza social que se llama, con gráfico eufemismo, la «trata de blancas».

La propaganda tuvo eco en todas partes; las mujeres especialmente, se lanzaron animosamente á la campaña.—Son ellas, al cabo, las más interesadas en que desaparezca ese tráfico infame, que convierte á la mujer en mercancía, la belleza en valor cotizabile, el amor en delito y el seno augusto de la vida en cloaca.

Yo siento ira contra esa hipócrita teoría del mal menor que sirve de fundamento, de defensa y de pantalla, á la más odiosa de las injusticias sociales.—¡Un mal menor! ¿Pero,

es que hay entre los males humanos uno más grande que ese á que está condenada de por vida la mujer desdichada que cayó al arroyo porque el ajeno vicio la pervirtió el espíritu, porque el hambre la hizo desfallecer, tal vez porque la echó del hogar el espectáculo del padre borracho y la madre descocada?

A quienes invocan la teoría esa, llevaría-les yo cada mañana á recorrer las «casas de recibir» aristocráticas, las mancebías *decen-tes*, los tugurios bajos. Les llevaría á la hora en que las mujerzuelas «abandonan el tra-bajo»; á la hora en que las desdichadas, tras una noche de amor sin amor, dejan por breve tiempo de servir á las repugnantes pasiones ajenas y recobran su propia perso-nalidad. Y viendo aquellos rostros macilen-tos, despintados, churretosos, marcados con la huella imberrable del hastío, y aque-llos cuerpos cansados por el vicio, deforma-dos por la incesante satisfacción de pasiones impuras, y aquellas almas, rotos despojos de almas, que se asoman á los ojos en mira-das imbéciles y á los labios en palabrotas obscenas... Viendo aquel triste despertar del rebaño humano sentirían, como yo, entre náuseas de asco, lástima inmensa por aquellas esclavas, compasión infinita hacia aquellos pobres seres degenerados, que el

vicio ó el hambre hundieron en ese espacio oscuro é infecto, que podría llamarse subsuelo social.

No; no hay peligro de mal, por grande que sea, que justifique ni disculpe ese otro, cierto, positivo, espantoso, que trueca en bestias viciosas á seres humanos.

No hay derecho para que la sociedad lo tolere.

Y sin embargo, existe. Existe, y lo que es más odioso, tiene existencia oficial. El Estado lo explota.

El Estado—entre sombras, eso sí—tiende una red fuerte, invisible, de reglamentos, á modo de redil legal, en torno de la pira lamentable de esclavas.—La que cae en ese círculo de la acción oficial, ya no se escapa; eternamente llevará en su frente el sello ignominioso. Y por llevarlo, pagará contribución; por llevarlo, estará sometida á perpetua vigilancia; por llevarlo, no se la permitirá redimirse jamás. Porque el Estado—invocando una tutela, que es una explotación indigna—lleva una parte en los beneficios de la trata, como esos hombres degenerados que en el argot de la prostitución se llaman *chulos*.

Inútiles serán todos los esfuerzos, todas las campañas, todas las leyes, mientras subsistan esas odiosas «secciones de higiene».

---

El proyecto de ley que discute el Senado español, dice en su artículo 2.º: «Se considera hecho de grave escándalo y trascendencia, el cooperar á proteger públicamente un hombre la prostitución... participando de los beneficios de semejante tráfico...»

Ahí tiene el Patronato contra la trata de blancas un objetivo para su campaña: lograr que donde dice: «un hombre» se añada «ó un Estado».

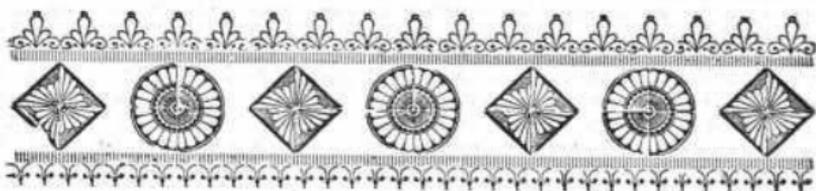
Que esa trata, más vil, más repugnante, más odiosa que el tráfico de esclavos, no desaparecerá nunca mientras el Estado siga siendo el gran *chulo* de la prostitución nacional.

---

Al mediodía...

---





PARA JULIO DE PINCIA



QUELO buscar aire puro y luz vivificadora para mi cuerpo, y descanso y alivio para mi alma, paseando solitario por las alamedas onduladas de los jardines del Campo Grande.

El parque formado á fuerza de trabajo y de dinero en lo que fué polvoriento erial, constituye delicioso oasis en que descansar del ajetreo abrumador de la vida urbana.

Hay en él calles sombrías, frescas y húmedas bajo el toldo espeso de los castaños de Indias, por entre cuyas hojas palmeadas apenas si algún ténue rayo de sol logra penetrar; hay paseos soleados, que bordean altísimos chopos, cuyas copas puntiagudas apenas dan sombra á los rosales enanos que

á sus piés florecen; hay plazoletas misteriosas, con fuentecillas bullidoras y rústicos asientos labrados toscamente en viejos troncos; hay frescas grutas en que el agua, brotando de la roca, cae desde lo alto acariciando las estalactitas y bañando las colgantes guirnaldas de yedra, rebota violenta sobre las estalagmitas achatadas y se pierde después en el lago dormido que pueblan pececillos de colores y surcan albos cisnes majestuosos; hay rincones escondidos entre las mil revueltas de los paseos... Solitarios rincones deliciosos que convidan al ensueño. Rinconcitos floridos, que guarda el parque para sus *intimos*: para los que á menudo le visitan, para los que en él buscan á diario esparcimiento ó reposo.

En un recodo de estrecho paseo, tras espeso bosque de laureles reales y de pinabetes, tengo yo *mi* rincón: un banco, rodeado de jazmineros que se encaraman sobre recios bojes, cobijado bajo un grupo de acacias de redondas copas.

Cuando el paseo me fatiga, allí descanso. —El sol primaveral hunde sus rayos de oro entre el follaje de las acacias verdes, dibujando en la arena del paseo múltiples circuillos de luz aureolados de penumbra, que aquí semejan animales monstruosos, allá dislocados arbustos, más lejos extraños

caprichos de vidriería, y á veces fantástica danza de luces y sombras, si el aire agita leve las ramas frondosas. Contemplo distraído los contornos caprichosos de las sombras; con la contera del bastón trazo maquinalmente rayas y rayas sobre la arena, mientras llega á mi oído el bullicio de la turba infantil, que juega alegre en la glorieta próxima... Y sus risas y gritos, como brisa apacible, agitan las dormidas aguas del hondo lago de mis recuerdos.

Ayer encontré ocupado *mi* rincón.

Era la hora en que el parque frondoso se convierte en comedor: un comedor incomparable, del que sólo disfrutaban los humildes. Allí sobre los bancos, no se come más que cocido.

Durante el buen tiempo, desde poco antes del mediodía, apenas si queda banco desocupado.

Las madres, las esposas, las hijas de los obreros van tomando sitio y esperando con la cestita de la comida á que salga «su hombre» del trabajo.

Cuando el obrero llega y se sienta á su lado, tienden la blanca servilleta sobre el asiento, distribuyen los cubiertos de peltre, colocan en el suelo la botella y, mientras él corta el blanco pan muy «metido en harina», ella vuelca en el hondo plato

de loza basta el humeante contenido del puchero.

Comen plácidamente, hablando de la casa, del trabajo; de los chicos que hacen diabluras correteando; de «los viejos» que soportan á duras penas los achaques...

Cuando la frugal refacción ha terminado, recoge la mujer los cachivaches, enciende el hombre su cigarrillo y los dos esperan, charla que charla, el aviso estentóreo de la sirena ó las campanadas del reloj de Santiago que llaman al trabajo.

Y el grupo se deshace: él marcha lentamente hacia el taller; ella, con la cestita al brazo, hacia el hogar humilde...

Los que ayer ocupaban mi rincón predilecto, eran una chicuela y un obrero.

El, un joven vigoroso, fornido; el rostro inteligente atezado por el calor del horno, ennegrecido por el polvo del carbón. Ella una muchachita desmedrada y pálida; el mirar lánguido y dulces los ademanes; para niña, demasiado alta, demasiado formal; para mujer demasiado niña.—Los dos vestían deluto.

Habían acabado de comer: el padre fumaba, chupando maquinalmente el cigarrillo, inclinado al suelo el rostro; la hija metía cuidadosamente la vajilla en la cesta, mirando sin mirar la florida espesura del bosque frontero.—Ninguno hablaba.

Sobre ellos parecía cernerse una gran pena.—En el grupo familiar faltaba la madre.

Les contemplé un buen rato atentamente, desde un banco cercano, y el dolor que hacía languidecer sus rostros me llenó de tristeza.

Aulló estruendosamente la sirena; los dos se levantaron: el padre besó amorosamente la frente de su hija; la muchachuela devolvió con fruición la paternal caricia.

Se separaron: la niña, cesta al brazo, se internó bajo la bóveda verde de los castaños, mirando con ojos curiosos, á través de una hilera de rosales, el grupo alegre de chiquillas retozonas que en la glorieta próxima corrían y saltaban... El obrero siguió el camino opuesto; dos ó tres veces volvió la cabeza; al llegar á la revuelta del paseo tortuoso, se detuvo para mirar de nuevo amorosamente á la hija que se alejaba; de pronto arrojó la colilla con brusco ademán, y como arrancándose á una atracción misteriosa, continuó su camino apresurado...

Yo le ví alzar el brazo y, con la manga de la blusa, limpiarse una lágrima.

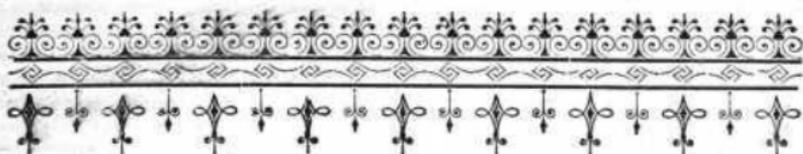
---



Lluvia de Otoño

---





LUEVE. La lluvia golpea ruidosamente en los cristales de mi balcón, y cada gota, al resbalar por la tersa superficie, forma un surco cristalino en que la luz se irisa; en los charcos de la calle se levantan rápidas infinitas burbujas que estallan luego, marcando en la superficie movibles círculos; las nubes pardas parecen deshacerse en ténues hilos, que forman sobre el limitado horizonte de la calle grisáceo cortinón de lluvia; los transeuntes pasan de prisa, envueltos en enormes impermeables unos, cubiertos por negros paraguas otros, chapoteando el lodo que cubre las aceras y salpica de chispas parduzcas los pantalones arremangados de los hombres y los bajos vistosos de las mujeres.

¡Qué triste la lluvia en Otoño!

El poeta á quien leo, canta la tristeza de los días grises en versos melancólicos, de suave ritmo. Desmayos de la voluntad, desesperanzas del corazón, languideces del espíritu al correr las amargas etapas de la vida: eso flota en sus estrofas impregnadas de negra melancolía.

Pero yo estoy alegre.

Alegre con sana alegría que sale de dentro: de la sangre que corre fuerte con ritmo seguro, de los músculos en que la fuerza duerme esperando el mandato de la voluntad, del cerebro que arde en fuego creador, del alma que aletea en el cielo sin nubes de la esperanza...

El golpeteo de la lluvia en los cristales me suena como rústicos sonos de pastoril tambor; el rápido alzar y desaparecer de las burbujas en los charcos, es para mí como hervor de vida en el agua que fecunda la tierra; los movibles hilos de la lluvia, hebras de cielo que bajan á nosotros...

¡Qué animosos caminan los hombres que pasan! ¡Con qué voluptuosa gallardía marchan las mujeres, posando apenas los piés menudos en las losas embarradas, recogida graciosamente la falda, asomando bajo las indiscretas enaguas insinuantes morbideces!

---

¿Quién dice que es triste la lluvia en Otoño?

Si el dolor nos agobia, es triste todo: el cielo más brillante, el sol que deslumbra, la vida que pasa...

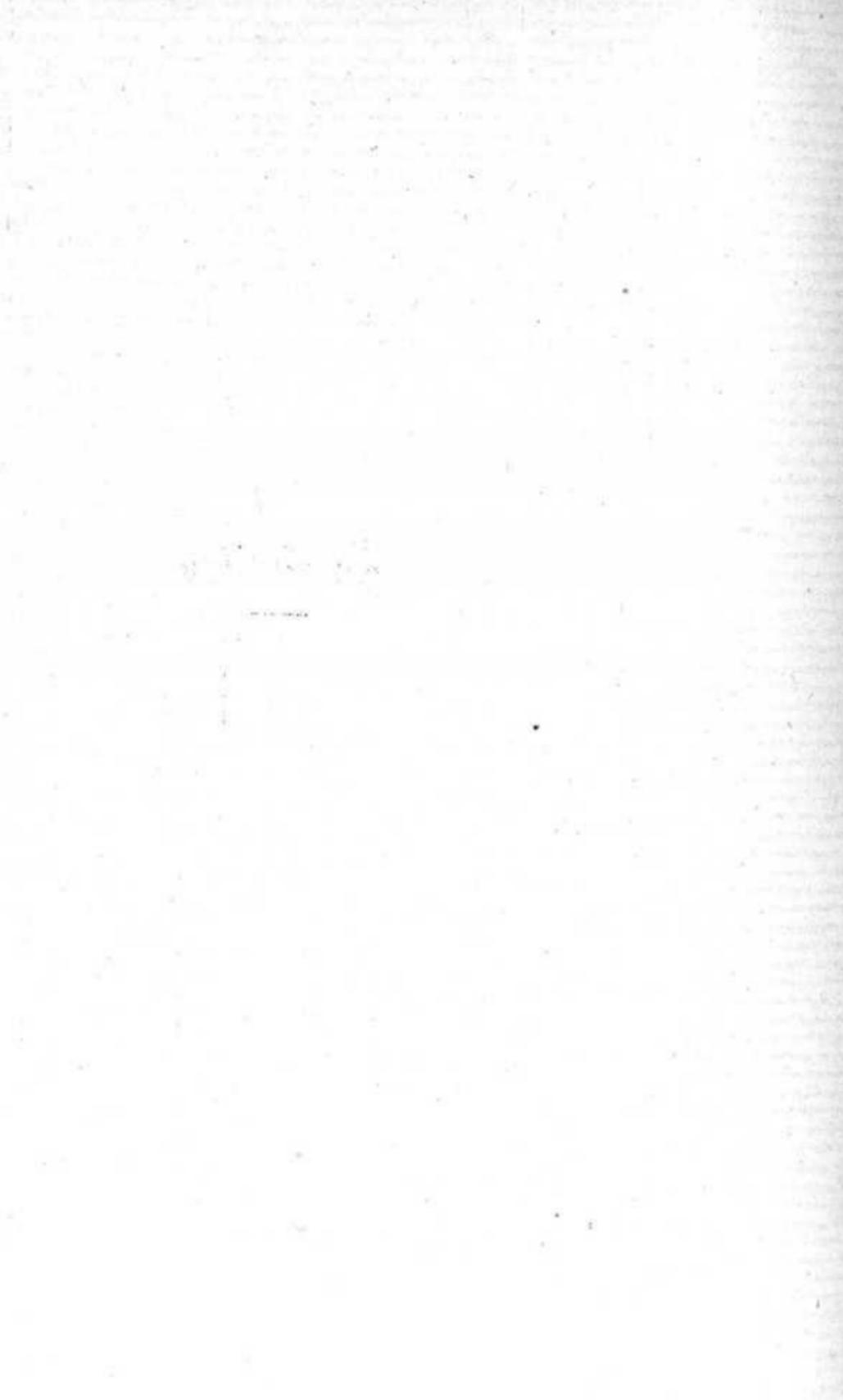
Si el alma flota en el cielo luminoso de la esperanza, el Otoño es Primavera, la lluvia es alegre...

¡Y al diablo el poeta que nos cante en versos melancólicos la tristeza infinita de los días grises, con lánguidos desmayos de la voluntad, amarguras del corazón y sequedades del espíritu!



# La plenitud

---





s un vetusto convento, de recios muros y altas techumbres, convertido modernamente en casa de labor. Antaño, besaba el Duero los tapiales de sus anchos patios y un pinar, siempre verde, le rodeaba. Ahora, la inmensa planicie que los pinos sombreaban, está sembrada de trigo y de centeno, de patatas y de remolacha, y por entre el río y el convento, rompiendo los viejos patios, pasa un canal de riego, cuyas aguas al escapar por las pétreas almenaras, parece que cantan el himno vigoroso de la fecundidad.

Es comedor el viejo locutorio; la inmensa biblioteca transformóse en cuadras; en apriscos están convertidos los largos claustros; el gran refectorio se utiliza para almacén de máquinas y aperos, y la gótica iglesia, de

altas bóvedas y naves anchurosas, es hoy granero.—Un montón enorme de trigo, oculta la hilera de nichos en que yacen los restos de una familia entera de guerreros, cuyo noble jefe echó los cimientos de la ciudad vecina.

Asomado á un ancho ventanal del que fué en tiempos salón austero del prior venerable, y es ahora coquetón gabinete de la joven esposa del dueño de la finca, contemplo en éxtasis deleitoso los llanos inacabables que las mieses reseca visten con túnica de oro y el sol de Agosto inunda de luz ofusadora.—Cortan allí el paisaje las masas verdes de los sotos sombreados que forman las márgenes del río y las dos hileras interminables de alargados chopos que crecen en las orillas del canal, y apenas si algún campo de remolacha y tal cual copudo pino manchan también de verde el llano inmenso en que los trigales maduros amarillean.

La vista, fatigada por la monótona sucesión de campos dorados, descansa en la pincelada oscura de las lejanas colinas parduzcas que raya de blanco el cargadero de alguna cantera.

Es el mediodía.—Agita á intervalos el amarillo mar de mieses enceradas un leve vientecillo ardoroso, cuyo sordo zumbiar en

los trigales y en las arboledas, semeja el respirar gigantesco de la llanura.

En la era ha cesado el afanoso trajinar de hombres, bestias y máquinas; los agosteros comen al fresco, en el inmenso portalón sombrío; las caballerías descansan en sus cuadras; la enorme locomóvil parece dormir, como gigante monstruo fatigado, á la sombra de las lonas embreadas, que sostenidas por recios mástiles, la resguardan del sol; la roja trilladora, cuyos herrajes brillan, reposa también, y al extremo de los negros carriles, unas cuantas vagonetas de hierro esperan su carga, junto á las hacinas...

La hora del descanso transcurre rápida.

La sirena deja escapar un ronco grito de llamada y la era parece despertar.

Puéblanla, llegando con perezoso andar, los agosteros, y la faena se reanuda.

Ruedas y volantes, palancas y correones, vuelven á emprender sus rítmicos movimientos. La locomóvil resopla, vomitando columnas de humo, á veces negro y blanquecino á veces, por su plomiza chimenea, y chorros de vapor por los espurgadores; la trilladora se estremece

«con un trajín de flera encadenada».

Desde la hacina enorme llevan los agosteros en las puntas de sus bieldos, hasta la plataforma, haces de mies reseca, que la

trilladora engulle con mecánica voracidad; por múltiples agujeros cae en los sacos el trigo limpio, y arroja el potente ventilador turbiones de paja.

Unos obreros apilan los sacos repletos, amontonan otros la paja aventada; cargan las vagonetas que corren veloces por los férreos carriles hacia graneros y pajares...

De entre el estrépito rumoroso de la faena, surge una copla, que vuela por los llanos inacabables. Y es su vibrar sonoro, como una caricia del labriego á la llanura, como un beso que, en el día de la plenitud de la fecundidad, consagra los eternos amores del hombre y de la tierra.

---





# ÍNDICE



	<u>Págs.</u>
Junto al camino. . . . .	3
Violetas perdidas. . . . .	11
Mi calendario y yo. . . . .	17
La zanja. . . . .	23
La redoma encantada. . . . .	29
La canción del río. . . . .	35
Leyenda que vuelve. . . . .	43
Carnavalinas. . . . .	49
La fuente de mi plazuela. . . . .	63
Contradicciones. . . . .	69
La vida se acorta. . . . .	75
Surmenage. . . . .	81
Viendo entrar la Virgen. . . . .	87
Jipi-japas. . . . .	93
¡De los toros!... . . . .	99
Recordatorios. . . . .	105
El gran chulo. . . . .	111
Al mediodía... . . . .	117
Lluvia de Otoño. . . . .	125
La plenitud. . . . .	131





## ERRATAS

---

Algunas que se han deslizado en la impresión de este libro, no cambian el sentido de lo escrito y el buen juicio del lector las salvará.



ESTE TOMO DE «CRÓNICAS»,  
ORIGINALES DE RICARDO ALLUÉ,  
«JUNTO AL CAMINO», SE ACABÓ  
DE IMPRIMIR EN VALLADO-  
LID, EN LA IMPRENTA  
CASTELLANA, EN  
JUNIO DE 1904









Ricardo  
Allié



ALFONSO  
MONTES

5171  
G